



EL
PESO
DEL
HONOR

REYES Y HECHICEROS—LIBRO 3

MORGAN RICE

Reyes y Hechiceros

Morgan Rice

El Peso del Honor

«Lukeman Literary Management Ltd»

Rice M.

El Peso del Honor / M. Rice — «Lukeman Literary Management Ltd», — (Reyes y Hechiceros)

Una fantasía llena de acción que le encantará a los fans de las otras novelas de Morgan Rice, igual que a los fans de obras como *The Inheritance Cycle* de Christopher Paolini... Los fans de Ficción para Jóvenes Adultos devorarán este último trabajo de Rice y rogarán por más. *The Wanderer, A Literary Journal* (sobre *El Despertar de los Dragones*) ¡Las series Bestselling #1! ¡EL PESO DEL HONOR es el libro #3 en la serie de fantasía épica bestselling de Morgan Rice REYES Y HECHICEROS (que inicia con *EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES* como descarga gratuita) ! En *EL PESO DEL HONOR*, Kyra finalmente conoce a su misterioso tío y se queda asombrada al ver que no es el hombre que ella esperaba. Ella empieza un periodo de entrenamiento que pondrá a prueba su resistencia y su frustración, ya que rápidamente llega a los límites de su poder. Sin poder invocar a su dragón, sin poder entrar en su persona interior y sintiendo una urgencia por ayudar en las guerras de su padre, Kyra empieza a dudar si podrá convertirse en la guerrera que siempre pensó ser. Y cuando conoce a un misterioso muchacho más fuerte que ella en las profundidades del bosque, se pregunta qué es realmente lo que le tiene preparado el destino. Duncan debe bajar las montañas de Kos con su nuevo ejército y, ampliamente superados en número, lanzar una invasión arriesgada en la capital. Si gana, sabe que esperándolo detrás de los ancestrales muros se encontrará con el antiguo rey y su grupo de nobles y aristócratas, todos con sus propios planes, todos tan listos para traicionar como lo están para cooperar. Al parecer, unificar Escalon será más difícil que liberarlo. Alec, en Ur, deberá utilizar todas sus habilidades especiales en la forja para ayudar a la resistencia si quieren tener alguna posibilidad de defenderse contra la invasión Pandesiana que se avecina. Se queda impresionado cuando se encuentra con Dierdre, la chica más fuerte que jamás ha conocido. Ahora ella tendrá la oportunidad de enfrentarse contra Pandesia, y mientras se les encara con valentía, se pregunta si su padre y sus hombres estarán de su lado esta vez. Merk finalmente entra a la torre de Ur y se queda perplejo por lo que descubre. Una vez que aprende los extraños códigos y reglas, conoce a sus compañeros Observadores, los guerreros más duros con los que se ha encontrado, y

descubre que ganarse su respeto no será tarea fácil. Con una invasión acercándose, se dedican a preparar la torre; pero puede que ni todos los pasadizos secretos los protejan de la traición que se desarrolla en el interior. Vesuvius guía a su nación de Troles por el vulnerable Escalon arrasando la tierra, mientras Theos, furioso por lo que le ha pasado a su hijo, desata toda su ira y no se detendrá hasta que todo Escalon esté en llamas. Con su fuerte atmósfera y complejos personajes, EL PESO DEL HONOR es una dramática saga de caballeros y guerreros, de reyes y señores, de honor y valor, de magia, destino, monstruos y dragones. Es una historia de amor y corazones rotos, de decepción, ambición y traición. Es una excelente fantasía que nos invita a un mundo que vivirá en nosotros para siempre, uno que encantará a todas las edades y géneros. El libro #4 de REYES Y HECHICEROS se publicará pronto. Si pensaste que ya no había razón para vivir después de terminar de leer la serie El Anillo del Hechicero, te equivocaste. Morgan Rice nos presenta lo que promete ser otra brillante serie, sumergiéndonos en una fantasía de troles y dragones, de valor, honor, intrepidez, magia y fe en tu destino. Morgan ha logrado producir otro fuerte conjunto de personajes que nos hacen animarlos en cada página. ... Recomendado para la biblioteca permanente de todos los lectores que aman la fantasía bien escrita. Books and Movie Reviews, Roberto Mattos (sobre El Despertar de los Dragones)

© Rice M.

© Lukeman Literary Management Ltd

Содержание

CAPÍTULO UNO	11
CAPÍTULO DOS	13
CAPÍTULO TRES	14
CAPÍTULO CUATRO	17
CAPÍTULO CINCO	20
CAPÍTULO SEIS	23
CAPÍTULO SIETE	30
CAPÍTULO OCHO	35
CAPÍTULO NUEVE	39
Конец ознакомительного фрагмента.	41

Morgan Rice

El Peso del Honor (Reyes y Hechiceros—Libro #3)

Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito en ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros (y contando); de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspenso post-apocalíptica compuesta de dos libros (y contando); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de tres libros (y contando). Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas, y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

A Morgan le encanta escucharte, así que por favor visita www.morganricebooks.com para unirme a la lista de email, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar el app gratuito, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook y Twitter, ¡y seguirla de cerca!

Elogios Dirigidos a Morgan Rice

“Si pensaste que ya no había razón para vivir después de terminar de leer la serie El Anillo del Hechicero, te equivocaste. En EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES Morgan Rice nos presenta lo que promete ser otra brillante serie, sumergiéndonos en una fantasía de troles y dragones, de valor, honor, intrepidez, magia y fe en tu destino. Morgan ha logrado producir otro fuerte conjunto de personajes que nos hacen animarlos en cada página.... Recomendado para la biblioteca permanente de todos los lectores que aman la fantasía bien escrita.”

--Books and Movie Reviews

Roberto Mattos

“EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES funciona desde el principio.... Una fantasía superior... Inicia, como debe, con los problemas de una protagonista y se mueve de manera natural hacia un más amplio círculo de caballeros, dragones, magia y monstruos, y destino.... Todo lo que hace a una buena fantasía está aquí, desde soldados y batallas hasta confrontaciones con uno mismo.... Un campeón recomendado para los que disfrutan de libros de fantasía épica llenos de poderosos y creíbles protagonistas jóvenes adultos.”

--Midwest Book Review

D. Donovan, Comentarista de eBooks

“Una fantasía llena de acción que satisfará a los fans de las novelas anteriores de Morgan Rice, junto con fans de trabajos tales como THE INHERITANCE CYCLE de Christopher Paolini.... Los fans de Ficción para Jóvenes Adultos devorarán este trabajo más reciente de Rice y pedirán aún más.”

--The Wanderer, A Literary Journal (sobre El Despertar de los Dragones)

“Una fantasía con espíritu que une elementos de misterio e intriga en su historia. *Una Aventura de Héroe* se trata del desarrollo de la valentía y sobre tener un propósito en la vida que llega al crecimiento, madurez, y excelencia... Para los que buscan aventuras fantásticas sustanciosas, los protagonistas, dispositivos y acciones proporcionan un vigoroso conjunto de encuentros que

se enfocan bien en la evolución de Thor de un niño soñador a un joven adulto enfrentándose a probabilidades imposibles de sobrevivir... Sólo el inicio de lo que promete ser una serie épica.”

--*Midwest Book Review (D. Donovan, Comentarista de eBooks)*

“EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para un éxito instantáneo: tramas, contratramas, misterio, valientes caballeros, y relaciones crecientes llenas de corazones rotos, decepción y traiciones. Te mantendrá entretenido por horas, y satisfará a todas las edades. Recomendado para la biblioteca permanente de todos los lectores de fantasía.”

--*Books and Movie Reviews, Roberto Mattos*

“En este primer libro lleno de acción en la serie de fantasía épica el Anillo del Hechicero (que ya cuenta con 14 libros), Rice les presenta a los lectores a un joven de 14 años llamado Thorgrin "Thor" McLeod, cuyo sueño es unirse a la Legión de Plata, los caballeros de élite que sirven al Rey... La escritura de Rice es sólida y la premisa intrigante.”

--*Publishers Weekly*

Libros de Morgan Rice

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)

UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ESCUDOS (Libro #10)

UN REINO DE ACERO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA

ARENA UNO: SLAVERSUNNERS (Libro #1)

ARENA DOS (Libro #2)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro # 1)

AMORES (Libro # 2)

- TRAICIONADA (Libro # 3)
- DESTINADA (Libro # 4)
- DESEADA (Libro # 5)
- COMPROMETIDA (Libro # 6)
- JURADA (Libro # 7)
- ENCONTRADA (Libro # 8)
- RESUCITADA (Libro # 9)
- ANSIADA (Libro # 10)
- CONDENADA (Libro # 11)

KINGS AND SORCERERS



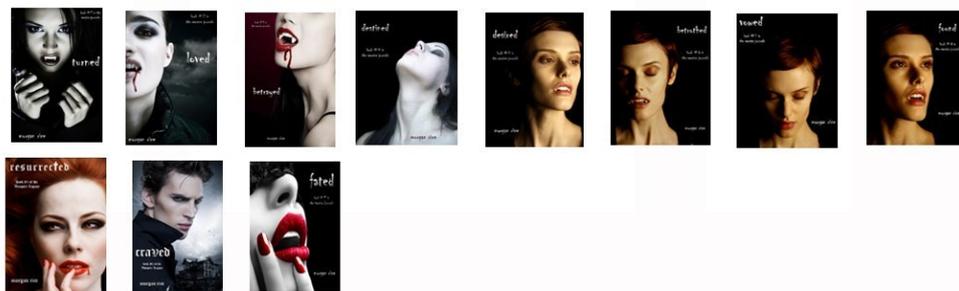
THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals





¡Escucha REYES Y HECHICEROS en su versión de Audiolibro!

¿Quieres libros gratis?

**¡Suscríbete a la lista de emails de Morgan Rice y recibe
4 libros gratis, 2 mapas gratis, 1 app gratuito y regalos
exclusivos! Para suscribirte, visita: www.morganricebooks.com**

Derechos de autor © 2015 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. Excepto como permitido bajo el Acta de 1976 de EU de Derechos de Autor, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma o medio, o guardada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor.

Este ebook otorga licencia sólo para uso personal. Este ebook no puede ser revendido o pasado a otras personas. Si deseas compartir este libro con otra persona, por favor compra una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro pero no lo compraste, o si no fue comprado sólo para tu uso, por favor regrésalo y compra tu propia copia. Gracias por respetar el trabajo duro de este autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos, e incidentes son o producto de la imaginación del autor o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es completa coincidencia.

Jacket image Copyright breakermaximus, usado bajo licencia de Shutterstock.com.



“Si pierdo mi honor, me pierdo a mí mismo.”
-- William Shakespeare
Antonio y Cleopatra

CAPÍTULO UNO

Theos voló hacia uno de los campos lleno de una furia que ya no podía controlar. Ya no le importaba lo que escogiera como objetivo; haría que toda la raza humana y toda la tierra de Escalon pagaran por la pérdida de su huevo. Destruiría el mundo entero hasta que encontrara lo que estaba buscando.

Theos estaba desgarrado por la ironía de todo esto. Había dejado su tierra natal para cuidar a su huevo, para librar a su cría de la furia de los otros dragones que se sentían amenazados por esta y por la profecía de que su hijo se convertiría en el Amo de Todos los Dragones. Todos habían deseado destruirlo, pero Theos no lo permitiría. Había peleado con los otros dragones y había recibido una considerable herida en la batalla, después volando herido por miles de millas sobre los grandes mares hasta que llegó a este lugar, esta isla de humanos, lugar en el que los otros dragones no lo buscarían y que sería un refugio seguro para su huevo.

Pero cuando Theos bajó a tierra y colocó su huevo en un lugar remoto del bosque, había quedado vulnerable. Pagó por esto al recibir heridas de los soldados Pandesianos y perdiendo de vista el huevo mientras huía rápidamente salvando su vida gracias a esa humana, Kyra. En esa noche confusa, en medio de la tormenta y el salvaje viento, no fue capaz de encontrar el huevo cubierto de nieve a pesar de volar en círculos una y otra vez. Este fue un error que lo hizo odiarse a sí mismo, un error por el que culpaba a la raza humana y uno que nunca perdonaría.

Theos voló más rápido, abriendo su mandíbula y rugiendo enfurecido, con un rugido que hizo temblar a los árboles y liberando una corriente de fuego tan caliente que hasta él la sintió. Era una corriente masiva, lo suficientemente poderosa para arrasarse toda una ciudad, y cayó sobre su blanco inocente: una pequeña aldea que desafortunadamente estaba a su paso. Abajo, cientos de humanos que se encontraban en granjas y viñedos no tenían idea de la muerte que estaba por caer sobre ellos.

Miraron hacia arriba con los rostros llenos de terror al ver descender las llamas; pero era demasiado tarde. Gritaron y corrieron por sus vidas, pero la nube de fuego los atrapó. Las llamas no perdonaron a nadie; hombres, mujeres, niños, granjeros, guerreros, todos los que corrieron y todos los que se quedaron paralizados. Theos agitó sus grandes alas y los envolvió a todos en llamas, quemando sus casas, sus armas, su ganado y sus posesiones. Todos y cada uno de ellos pagarían.

Cuando Theos finalmente volvió a las alturas no quedó nada. Ahora había un gran incendio en el lugar en el que estaba la aldea y pronto se convertiría todo en cenizas. Theos pensó adecuadamente: los humanos vienen de las cenizas y volverán a las cenizas.

Theos no se detuvo. Continuó volando manteniéndose cerca del suelo mientras rugía al derribar los árboles, destrozando ramas al pasar y haciendo las hojas añicos. Voló por encima de los árboles haciendo una vereda y seguía respirando fuego. Dejó un rastro de llamas al pasar marcando el suelo, un camino de fuego para que Escalon siempre lo recordara. Incendió grandes franjas del Bosque de las Espinas sabiendo que no volvería a crecer por miles de años, sabiendo que dejaría esta cicatriz en la tierra y sintiendo gran satisfacción al pensarlo. Se dio cuenta mientras seguía respirando que las llamas podrían alcanzar y quemar a su huevo. Pero, sobrecogido por la furia y frustración, no pudo detenerse.

Mientras volaba, gradualmente el paisaje cambiaba debajo de él. El bosque y los campos fueron reemplazados por construcciones de piedra, y Theos miró hacia abajo detectando una guarnición llena de miles de soldados con armaduras azul y amarillo. Pandesianos. Los soldados miraban hacia el cielo con pánico y confusión mostrando sus relucientes armaduras. Algunos, los inteligentes, huyeron; pero los valientes se quedaron en su lugar y le arrojaron lanzas y jabalinas al acercarse.

Theos respiró y quemó todas las armaduras en el aire, mandándolas al suelo como un montón de cenizas. Sus llamas siguieron bajando hasta que llegaron con los soldados restantes, quemándolos vivos y atrapándolos en sus brillantes trajes de metal. Theos sabía que todos esos trajes de metal

pronto serían cáscaras oxidadas en el suelo como recuerdo de su visita. No se detuvo hasta que quemó al último de los soldados, dejando la guarnición como un gran caldero de llamas.

Theos siguió volando ahora hacia el norte sin poder detenerse. El paisaje cambió una y otra vez y no se detuvo incluso al ver algo que parecía extraño: ahí debajo apareció una inmensa criatura, un gigante, saliendo de un túnel subterráneo. Era una criatura poderosa, una que Theos nunca antes había visto. Pero Theos no sintió temor; por el contrario, sintió furia, furia por la criatura en su camino.

La bestia miró hacia arriba y su grotesco rostro se derrumbó en temor al ver a Theos volar hacia abajo. Este también se dio vuelta y voló hacia su agujero, pero Theos no dejaría que escapara tan fácilmente. Si no podía encontrar a su cría, entonces los destruiría a todos, hombre y bestia por igual. Y no se detendría hasta que todos y todo en Escalon dejara de existir.

CAPÍTULO DOS

Vesuvius estaba en el túnel y miraba hacia los rayos de sol que caían sobre él, luz solar de Escalon, y disfrutó el sentimiento más dulce de su vida. Ese agujero de arriba, esos rayos que brillaban sobre él, representaban una victoria más grande que la que nunca había soñado y completaban el túnel que había imaginado toda su vida. Otros habían dicho que no podía ser construido, y Vesuvius sabía que había conseguido lo que su padre y el padre de su padre no habían podido lograr, que era crear un camino para que la entera nación de Marda invadiera Escalon.

El polvo aún flotaba en el aire y los escombros seguían cayendo de donde el gigante había creado el agujero en el techo. Y mientras Vesuvius lo observaba, sabía que este agujero significaba su destino. Su entera nación iría detrás de él; pronto todo Escalon sería suyo. Sonrió ampliamente ya imaginando las violaciones y torturas y destrucción que le esperaban. Sería un festival sangriento. Crearía una nación de esclavos y la nación de Marda crecería el doble en cantidad y tamaño.

“¡NACIÓN DE MARDÁ, AVANCEN!” gritó.

Hubo un gran grito detrás de él mientras los cientos de troles apretados en el túnel levantaron sus alabardas y avanzaron junto con él. Él guió el camino subiendo el túnel, resbalando con la tierra y las rocas mientras se dirigía hacia la abertura y la conquista. Con Escalon tan cerca, temblaba con excitación mientras el suelo retumbaba bajo él y también con temblores causados por los gritos del gigante aliviado de estar libre. Vesuvius imaginaba el daño que el gigante causaría ahí arriba al dejarlo libre aterrorizando el territorio y esto lo hizo sonreír más. Lo dejaría divertirse y, cuando Vesuvius se cansara de él, lo mataría. Por lo pronto, sería un activo valioso en su terrorífica conquista.

Vesuvius miró hacia arriba y parpadeó confundido al ver de repente que el cielo se oscurecía y al sentir una gran oleada de calor acercándose. Se impactó al ver de repente un muro de fuego cayendo sobre el suelo. No pudo entender lo que estaba pasando mientras una gran oleada de calor cayó sobre él quemando su rostro seguida del rugido del gigante; y después un gran chillido de agonía. El gigante golpeó claramente herido por algo, y Vesuvius miró aterrorizado mientras este inexplicablemente se daba la vuelta. Se introdujo en el túnel de nuevo con el rostro medio quemado y dirigiéndose directamente hacia él.

Vesuvius observaba pero no pudo comprender la pesadilla que se desvelaba delante de él. ¿Por qué se daría el gigante la vuelta? ¿Cuál era la fuente del calor? ¿Qué era lo que había quemado su rostro?

Vesuvius entonces escuchó el agitar de las alas y un chillido más horrible que el del gigante, y entonces lo supo. Sintió un escalofrío al darse cuenta que, volando ahí arriba, estaba algo incluso más terrorífico que el gigante. Era algo que Vesuvius nunca había pensado encontrarse en su vida: un dragón.

Vesuvius se quedó ahí congelado de miedo por primera vez en su vida, con su ejército entero de troles también paralizados detrás de él y atrapados. Lo impensable había sucedido: el gigante corría asustado por algo más grande que él. Quemado, en agonía y en pánico, el gigante golpeaba con sus puños al bajar y arañaba con sus garras, y Vesuvius observó con horror cómo sus troles eran destrozados. Lo que se cruzaba en su camino era aplastado por sus pies, cortado a la mitad por sus garras o impactado por sus puños.

Y entonces, antes de que pudiera quitarse de su camino, Vesuvius sintió cómo sus propias costillas se quebraban mientras el gigante lo levantaba y lo lanzaba en el aire.

Sintió cómo volaba dando vueltas con el mundo girando y lo siguiente que supo fue que su cabeza golpeaba contra una roca, con el terrible dolor esparciéndose por su cuerpo al chocar con una pared de piedra. Cuando empezaba a caer al piso perdiendo la consciencia, lo último que vio fue al gigante destrozándolo todo, acabando con sus planes y con todo lo que había conseguido, y se dio cuenta de que moriría aquí, muy lejos de su tierra pero tan cerca del sueño que casi había conseguido.

CAPÍTULO TRES

Duncan sintió la ráfaga de viento que pasaba sobre él mientras bajaba la cuerda al atardecer, bajando las majestuosas cimas de Kos, sosteniéndose tanto como podía mientras se deslizaba a una velocidad que le parecía imposible. A su alrededor los hombres se deslizaban también: Anvin y Arthfael, Seavig, Kavos, Bramthos, y miles más, hombres de Duncan, de Seavig, y de Kavos que formaban un solo ejército, todos deslizándose por el hielo en filas como un ejército bien disciplinado saltando uno sobre otro, todos desesperados por llegar al suelo antes de ser detectados. En cuanto los pies de Duncan tocaban el hielo, inmediatamente se impulsaba de nuevo hacia atrás y previniendo que sus manos fueran destrozadas sólo por los gruesos guantes que Kavos le había dado.

Duncan se maravilló por lo rápido que se movía su ejército en una bajada casi empinada por el acantilado. Cuando había estado en la cima de Kos, no había tenido idea de cómo Kavos planeaba hacer que un ejército de tal tamaño bajara tan rápido sin perder a muchos hombres; no se había dado cuenta del complejo sistema de cuerdas y picos que tenían y que les permitiría bajar tan fácilmente. Estos eran hombres nacidos para el hielo, y para ellos, este descenso relámpago era como una casual caminata. Finalmente entendió a lo que se referían cuando dijeron que los hombres de Kos no estaban atrapados ahí arriba; sino que los Pandesianos abajo eran los que estaban atrapados.

Kavos de repente se detuvo cayendo con los dos pies en una ancha meseta que salía de la montaña y Duncan se detuvo a su lado al igual que todos los hombres, haciendo una pausa momentánea a la mitad de la montaña. Kavos caminó hacia la orilla y Duncan se le unió, observando, viendo las cuerdas que caían libres; al final de ellas y en medio de la niebla y los últimos rayos del sol, Duncan pudo ver en la base de la montaña una guarnición de piedra Pandesiana repleta de miles de soldados.

Duncan observó a Kavos y Kavos le regresó la mirada lleno de satisfacción. Era una satisfacción que Duncan reconocía, una que había visto muchas veces en su vida: el éxtasis de un verdadero guerrero a punto de ir a la guerra. Los hombres como Kavos vivían para esto. Duncan tuvo que admitir que también lo sintió, ese cosquilleo en las venas y rigidez en el estómago. El mirar a los soldados Pandesianos le hizo sentir una excitación por la emoción de la pelea.

“Pudiste haber bajado por cualquier parte,” dijo Duncan examinando el paisaje debajo. “La mayoría está vacío. Pudimos haber evitado la confrontación y seguir hasta la capital. Pero elegiste el lugar en el que los Pandesianos son más fuertes.”

Kavos sonrió ampliamente.

“Lo hice,” respondió. “Los hombres de Kavos no intentan evitar la confrontación; la buscan.” Sonrió aún más. “Además,” añadió, “una batalla temprana nos permitirá calentar para nuestra marcha hacia la capital. Y quiero que estos Pandesianos se la piensen dos veces antes de que vuelvan a intentar rodear la base de nuestra montaña.”

Kavos se dio la vuelta y le hizo una señal a su comandante, Bramthos, y Bramthos juntó a sus hombres y se unió a Kavos mientras se dirigieron hacia un gran pedazo de hielo a la orilla del acantilado. Todos al mismo tiempo pusieron sus hombros sobre este.

Duncan, dándose cuenta de lo que intentaban, les hizo una señal a Anvin y Arthfael quienes también juntaron a sus hombres. Seavig se unieron también y empujaron al mismo tiempo.

Duncan hundió sus pies en el hielo sintiendo el peso sobre él, resbalando y empujando con todas sus fuerzas. Todos gimieron y lentamente la gran roca empezó a rodar.

“¿Un regalo de bienvenida?” Preguntó Duncan sonriendo y gimiendo al lado de Kavos.

Kavos sonrió también.

“Sólo un pequeño detalle para anunciar nuestra llegada.”

Un momento después Duncan sintió que el peso lo dejaba, escuchó el crujir del hielo y observó impresionado cómo la piedra rodaba por la meseta. Retrocedió rápidamente junto con los otros y

observó la piedra rodando a toda velocidad, rebotando en la pared de hielo y avanzando con rapidez. La piedra masiva, con un diámetro de al menos treinta pies, cayó directamente hacia abajo como un ángel de la muerte hacia la fortaleza Pandesiana. Duncan se preparó para la explosión que caería sobre todos los soldados que eran su objetivo.

La gran roca cayó en el centro de la guarnición de piedra y el golpe fue el más estruendoso que Duncan jamás había escuchado. Fue como si un cometa hubiera caído sobre Escalon, con un retumbar tan fuerte que tuvo que cubrir sus oídos, haciendo que el piso temblara bajo él y haciéndolo tambalear. Le elevó una gran nube de piedra y hielo a docenas de pies de altura, y el aire, incluso desde ahí arriba, se llenó de los gritos de terror y llanto de los hombres. La mitad de la guarnición fue destruida en el impacto y la roca siguió rodando, aplastando hombres y edificios y dejando un rastro de destrucción y caos.

“¡HOMBRES DE KOS!” gritó Kavos. “¿Quién se ha atrevido a acercarse a nuestra montaña?”

Hubo un gran grito mientras los miles de hombres se arrojaron por el acantilado siguiendo a Kavos, todos tomando las cuerdas y bajando tan rápido que parecía como si cayeran libremente por la montaña. Duncan lo siguió con sus hombres tras de él, tomando las cuerdas y bajando tan rápido que apenas si podía respirar; estaba seguro de que se rompería el cuello en el impacto.

Segundos después se encontró cayendo fuertemente en la base, descendiendo en una gran nube de hielo y polvo y aún escuchando el estruendo de la roca rodante. Todos los hombres se voltearon y se pusieron de frente a la guarnición, soltando un gran grito de batalla y sacando sus espadas mientras avanzaban de frente hacia el caos del campamento Pandesiano.

Los soldados Pandesianos, aún sorprendidos por la explosión, miraron con rostros confundidos hacia el ejército que se acercaba; claramente no estaban esperando esto. Sorprendidos con la guardia baja y con varios de sus comandantes aplastados por la roca, se miraban muy desconcertados como para saber qué hacer. Mientras Duncan y Kavos y sus hombres les caían encima, varios se dieron la vuelta y empezaron a correr. Otros trataron de tomar sus espadas, pero Duncan y sus hombres les cayeron como langostas y los apuñalaron antes de que tuvieran la oportunidad de alcanzarlas.

Duncan y sus hombres se apresuraron por el campamento sin dudar, sabiendo que el tiempo era vital mientras derribaban a los soldados que estaban recuperándose y siguiendo el rastro de destrucción de la roca. Duncan golpeaba en todos lados apuñalando a un soldado en el pecho, golpeando a otro en el rostro con la empuñadura de su espada, pateando a uno que se aventaba sobre él y agachándose y golpeando con el hombro a otro que lo atacaba con un hacha. Duncan no se detuvo, derribando a todos en su camino, respirando agitadamente, sabiendo que aún los superaban en número y que tenía que matar a todos los que pudiera tan rápido como pudiera.

A su lado, Anvin, Arthfael, y sus hombres se le unieron, todos cuidándose las espaldas mientras avanzaban y atacaban tratando de defenderse con los sonidos de la batalla llenando la guarnición. Envuelto en tal pelea, Duncan supo que lo más sabio habría sido conservar la energía de sus hombres, evitar esta confrontación y dirigirse hacia Andros. Pero también sabía que el honor era lo que impulsaba a los hombres de Kos para tener esta pelea y entendía cómo se sentían; el camino más sabio no era siempre lo que impulsaba el corazón de los hombres.

Pasaron por el campamento con velocidad y disciplina, con los Pandesianos en tal desorden que apenas pudieron organizar una defensa. Cada vez que aparecía un comandante o se formaba una compañía, Duncan y sus hombres los eliminaban.

Duncan y sus hombres avanzaron por la guarnición como una tormenta, y apenas había pasado una hora cuando Duncan finalmente se quedó de pie al final de la fortaleza mirando a todos lados y finalmente se dio cuenta de que, ya cubierto en sangre, no había nadie más a quien matar. Se quedó de pie respirando agitadamente en el crepúsculo mientras una brisa caía sobre las silenciosas montañas.

La fortaleza era suya.

Al darse cuenta, los hombres empezaron a vitorear jubilosos mientras Duncan, Anvin, Arthfael, Seavig, Kavos, y Bramthos se unían limpiando la sangre de sus espadas y armaduras y examinándolo todo. Se dio cuenta de una herida en el brazo de Kavos de la que salía sangre.

“Estás herido,” le dijo a Kavos quien parecía no haberse dado cuenta.

Kavos la miró y se encogió de hombros. Después sonrió.

“Sólo un rasguño,” respondió.

Duncan examinó el campo de batalla lleno de hombres muertos, la mayoría Pandesianos con unos cuantos de los suyos. Después miró hacia arriba hacia los picos de Kos que se elevaban y desaparecían en las nubes, y se sorprendió al ver lo alto que habían subido y lo fácilmente que habían bajado. Había sido un ataque relámpago, como muerte cayendo desde el cielo, y había funcionado. La guarnición Pandesiana que había parecido inconquistable hace algunas horas ya era de ellos, y ahora sólo era una ruina aplastada con hombres yaciendo en lagunas de sangre, muertos bajo el cielo del atardecer. Era surreal. Los guerreros de Kos no perdonaron a nadie, no mostraron piedad, fueron una fuerza imparable. Duncan sentía un nuevo respeto por ellos. Serían aliados importantes en la liberación de Escalon.

Kavos examinó los cuerpos respirando agitadamente también.

“Eso es lo que yo llamo un plan de salida,” dijo.

Duncan lo vio sonreír al examinar los cuerpos de los enemigos, viendo a sus hombres tomar las armas de los muertos.

Duncan asintió.

“Y una fina salida,” respondió.

Duncan miró hacia el oeste más allá de la fortaleza en dirección al sol y observó algo de movimiento. Miró detenidamente y vio algo que le conmovió el corazón, algo que de alguna manera estaba esperando. Allí, en el horizonte, estaba su caballo de guerra, de pie orgulloso frente a la manada, con cientos de caballos detrás de él. Como siempre, había sentido dónde estaría Duncan y lo había esperado lealmente. El corazón de Duncan se emocionó al saber que su viejo amigo llevaría a su ejército hasta la capital.

Duncan silbó y, al hacerlo, su caballo giró y se dirigió hacia él. Los otros caballos lo siguieron y hubo un gran estruendo en el crepúsculo mientras la manada galopaba por la llanura nevada dirigiéndose hacia ellos.

Kavos asintió admirado.

“Caballos,” notó Kavos al verlos acercarse. “Yo personalmente hubiera caminado hasta Andros.”

Duncan sonrió.

“Estoy seguro que sí, mi amigo.”

Duncan se acercó mientras llegaba su caballo y acarició la melena de su viejo amigo. Lo montó y, al hacerlo, todos sus hombres montaron también, miles de ellos, un ejército a caballo. Se sentaron completamente armados mirando hacia el crepúsculo, con nada delante de ellos más que las llanuras nevadas que llevaban a la capital.

Duncan se sintió excitado al saber que estaban ya muy cerca. Podía sentirlo, podía oler la victoria en el aire. Kavos los había bajado de la montaña; pero ahora era *su* turno.

Duncan levantó su espada sintiendo todos los ojos de los hombres y ejércitos sobre él.

“¡HOMBRES!” gritó. “¡Hacia Andros!”

Todos soltaron un gran grito de batalla y avanzaron hacia la noche por las llanuras nevadas, todos preparados para continuar sin detenerse hasta llegar a la capital e iniciar la guerra más importante de sus vidas.

CAPÍTULO CUATRO

Kyra miró hacia el amanecer y observó a una persona de pie a su lado, una silueta que se formaba con el sol naciente, una persona que ella sabía tenía que ser su tío. Parpadeó confundida cuando finalmente pudo verlo. Ahí por fin se encontraba el hombre por el que había cruzado todo Escalon, el hombre que le revelaría su destino y la entrenaría. Ahí estaba el hermano de su madre, lo único que le quedaba de la madre que nunca conoció.

Su corazón palpitaba con anticipación mientras este se movió de la luz y reveló su rostro.

Kyra estaba impresionada: él se parecía tanto a ella. Nunca había conocido a alguien que tuviera su mismo semblante, ni siquiera su padre a pesar de haberlo deseado. Siempre se había sentido como una extraña en el mundo, separada de su verdadero linaje; pero ahora, al ver el rostro de este hombre, sus altos pómulos cincelados, sus brillantes ojos grises, un hombre alto y orgulloso, de hombros anchos, musculoso, vestido con una armadura de cota de malla dorada, con cabello castaño que bajaba hasta su barbilla, sin rasurar, al parecer en sus cuarentas, se dio cuenta que era especial. Y esto la hacía especial por extensión también. Por primera vez en su vida sintió que esto era verdad. Por primera vez sintió una conexión con alguien, con un poderoso legado, con algo más grande que ella. Sintió que pertenecía en el mundo.

Este hombre era claramente diferente. Obviamente era un guerrero, orgulloso y noble, pero no llevaba espadas ni escudos ni ningún tipo de arma. Para su asombro y deleite, traía un solo artículo: un bastón dorado. Un *bastón*. Era tal como ella.

“Kyra,” dijo.

Su voz resonó a través de ella, una voz familiar que se parecía a la de ella. Al escucharlo hablar sintió no sólo una conexión con él, sino también con su madre. Este era el hermano de su madre. Este era el hombre que conocía la identidad de su madre. Finalmente tendría la verdad y no habría más secretos en su vida. Muy pronto lo sabría todo acerca de la mujer que toda la vida había deseado conocer.

El bajó una mano y ella la tomó poniéndose de pie, con las piernas entumecidas después de haber estado sentada toda la noche junto a la torre. Era una mano fuerte y musculosa, pero sorprendentemente suave, y la ayudó a levantarse. Leo y Andor se le acercaron y Kyra se sorprendió al ver que no le gruñían como lo hacían habitualmente. En vez de eso, se acercaron al hombre y lamieron su mano como si lo conocieran de siempre.

Entonces, para la sorpresa de Kyra, Leo y Andor se quedaron firmes como si siguieran una orden silenciosa del hombre. Kyra nunca había visto nada parecido. ¿Qué clase de poderes tenía este hombre?

Kyra ni siquiera tuvo que preguntarle si era su tío, pues lo sentía con cada fibra de su cuerpo. Era poderoso, orgulloso, todo lo que ella había deseado que fuera. Pero había algo más en él, algo que ella no podía entender completamente. Era una energía mística que emanaba de él, un aura de calma pero también de fuerza.

“Tío,” dijo ella. Le gustaba como sonaba esa palabra.

“Puedes llamarme Kolva,” respondió él.

Kolva. De alguna manera, el nombre parecía familiar.

“He cruzado Escalon para verte,” dijo nerviosa sin saber que más decir. El silencio de la mañana se tragó sus palabras, y las llanuras vacías sólo se llenaron del sonido distante del océano. “Mi padre me envió.”

Él sonrió. Era una sonrisa cálida, y las líneas de su rostro se juntaron como si hubiera vivido mil años.

“No fue tu padre quien te envió,” respondió. “Sino algo más grande.”

De repente y sin ningún aviso, se dio la vuelta y empezó a caminar utilizando su bastón, alejándose de la torre.

Kyra lo miró avanzar sin entender; ¿lo había ofendido?

Ella se apresuró a alcanzarlo con Leo y Andor a su lado.

“La torre,” dijo ella confundida. “¿No entraremos?”

Él sonrió.

“Tal vez en otro momento,” respondió.

“Pero pensé que tenía que llegar a la torre.”

“Así era,” respondió. “Pero no entrar a ella.”

Ella trataba de entender mientras él caminaba velozmente entrando en el bosque, y ella se apuró a alcanzarlo. Su bastón golpeaba la tierra y las hojas al igual que el de ella.

“¿Entonces dónde entrenaremos?” preguntó ella.

“Entrenarás en donde entrenan todos los grandes guerreros,” respondió mirando hacia adelante. “En los bosques más allá de la torre.”

Entró en el bosque tan rápido que Kyra casi tuvo que correr para alcanzarlo, incluso aunque parecía caminar de manera tranquila. El misterio que lo rodeaba creció mientras un millón de preguntas cruzaban por su mente.

“¿Sigue viva mi madre?” preguntó ella incapaz de contener su curiosidad. “¿Está aquí? ¿La conoces?”

El hombre simplemente sonrió y negó con la cabeza mientras seguía caminando.

“Tantas preguntas,” respondió. Caminó por un largo rato mientras el bosque se llenaba del sonido de criaturas extrañas y finalmente añadió, “Pronto te darás cuenta que las preguntas tienen muy poco significado aquí. Las respuestas tienen mucho menos. Debes aprender a encontrar tus propias respuestas. La *fente* de tus respuestas. Y más importante, la fuente de tus preguntas.”

Kyra estaba confundida mientras caminaban por el bosque, junto a árboles verde brillante que parecían resplandecer a su alrededor en este lugar misterioso. Pronto perdió de vista la torre y el romper de las olas se hizo más silencioso. Tenía problemas para seguirle el paso en la vereda constantemente cambiante.

Estaba hirviendo llena de preguntas y finalmente no pudo contener su silencio.

“¿A dónde me llevas?” preguntó. “¿Aquí es donde me entrenarás?”

El hombre continuó caminando pasando un arroyo, girando y pasando por antiguos árboles cuya corteza era de un verde luminoso mientras ella le seguía los pasos.

“Yo no te entrenaré,” dijo. “Tu tío lo hará.”

Kyra se quedó congelada.

“¿Mi tío?” preguntó. “Pensé que tú eras mi tío.”

“Lo soy,” respondió. “Y tienes otro más.”

“¿Otro?” preguntó.

Finalmente llegó a un claro en el bosque deteniéndose en la orilla y ella, respirando agitadamente, se detuvo a su lado. Miró hacia adelante y se impactó por lo que vio.

Al otro lado del claro había un árbol inmenso, el más grande que jamás había visto, antiguo, con ramas extendiéndose hacia todos lados, brillando con hojas púrpuras, con un tronco de treinta pies de ancho. Las ramas se torcía y cruzaban una con otra creando una pequeña casa en el árbol a unos diez pies de altura y que parecía haber estado ahí desde siempre. Una pequeña luz salía de entre las ramas, y Kyra miró hacia arriba encontrando una sola figura sentada en la orilla de las ramas como si estuviera meditando y observándolos.

“Él también es tu tío,” dijo Kolva.

El corazón de Kyra la golpeó en el pecho sin poder entender nada. Miró hacia el hombre que decía ser su tío y se preguntó si estaba tratando de engañarla. El otro tío parecía ser un niño de apenas diez años de edad. Se sentaba derecho como meditando y mirando directamente hacia enfrente, sin

mirarla a ella con sus ojos azules brillantes. Su rostro infantil tenía líneas como si fuera alguien de mil años, con su piel café oscura cubierta de manchas de la edad. Parecía ser apenas unos cuatro pies de alto. Era como si se tratara de un niño con una enfermedad de envejecimiento.

Ella no sabía qué pensar.

“Kyra,” dijo, “él es Alva.”

CAPÍTULO CINCO

Merk entró en la Torre de Ur, atravesando las grandes puertas doradas que nunca pensó llegaría a pasar, con una luz interior tan brillante que casi lo cegó. Levantó una mano para cubrirse los ojos y, al hacerlo, se sorprendió al ver lo que tenía enfrente.

Ahí, de pie frente a él, estaba un verdadero Observador, con penetrantes ojos amarillos que miraban directamente hacia Merk, los mismos ojos que lo habían perturbado por la rendija de la puerta. Llevaba una túnica holgada amarilla, escondiendo sus brazos y piernas y sólo mostrando un poco de piel pálida. Era sorprendentemente bajo, de mandíbula larga y mejillas hundidas y, mientras lo miraba, Merk se sintió incómodo. Salía luz del pequeño bastón dorado que sostenía frente a él.

El Observador lo estudió en silencio, y Merk sintió una brisa mientras las puertas se cerraban repentinamente atrapándolo en la torre. Hubo un sonido que hizo eco en las paredes y él involuntariamente se estremeció. Se dio cuenta de lo inquieto que estaba al no haber dormido todos estos días, de noches con sueños perturbadores, por su propia obsesión de entrar aquí. Ahora al estar adentro, sintió una extraña sensación de pertenencia, como si finalmente hubiera entrado a su nueva casa.

Merk esperaba que el Observador le diera la bienvenida y le explicara en dónde estaba. Pero en vez de eso, se volteó sin una palabra y se alejó caminando, dejando a Merk solo y confundido. No sabía si debería seguirlo.

El Observador llegó a una escalera de marfil en espiral del otro lado de la cámara y, para la sorpresa de Merk, fue no hacia arriba, sino hacia abajo. Bajó rápidamente y desapareció de la vista.

Merk se quedó de pie en silencio sin saber qué es lo que debería hacer.

“¿Debo seguirte?” gritó finalmente.

La voz de Merk retumbó e hizo eco en las paredes como si se burlara de él mismo.

Merk miró a su alrededor examinando el interior de la torre. Miró las brillantes paredes hechas de oro sólido; miró el suelo hecho de un antiguo mármol negro vetado de oro. El lugar era tenue, alumbrado sólo por el misterioso resplandor que salía de las paredes. Levantó la vista y vio la antigua escalera tallada en marfil; se acercó a ella y, examinando la cima, vio una cúpula dorada a unos cien pies de altura por la que se filtraba la luz solar. Vio los niveles arriba, todos los diferentes pisos, y se preguntó que había ahí arriba.

Miró hacia abajo con aún más curiosidad y vio que los escalones llevaban a pisos subterráneos hacia donde el Observador había ido y se quedó confundido. Las hermosas escaleras de marfil que parecían una obra de arte giraban misteriosamente en ambas direcciones, como si subieran hacia el cielo y descendieran hasta los niveles más profundos del infierno. Merk se preguntó, más que nada, si la legendaria Espada de Fuego, la espada que cuidaba de todo Escalon, estaba dentro de estas paredes. Se sintió emocionado al sólo pensarlo. ¿En dónde podría estar? ¿Hacia arriba o hacia abajo? ¿Qué otras reliquias y tesoros estaban guardados aquí?

De repente, una puerta oculta se abrió en una de las paredes laterales y Merk se dio la vuelta para ver salir a un guerrero de rostro severo, un hombre del tamaño de Merk portando una cota de malla, de piel pálida por muchos años de no ver la luz solar. Caminó hacia Merk, un humano con una espada en la cintura que tenía una prominente insignia, el mismo símbolo que Merk había visto tallado en los muros exteriores de la torre: una escalera de marfil elevándose al cielo.

“Sólo los Observadores pueden descender,” dijo el hombre con voz áspera y oscura. “Y tú, mi amigo, no eres un Observador. Por lo menos todavía no.”

El hombre se detuvo frente a él y lo miró de arriba a abajo mientras ponía sus manos en la cintura.

“Bien,” continuó, “supongo que si te dejaron entrar debe haber una razón.”

Suspiró.

“Sígueme.”

Con eso, el abrupto guerrero se dio la vuelta y subió por la escalera. El corazón de Merk se aceleraba mientras trataba de alcanzarlo, con su cabeza llena de preguntas y el misterio de este lugar creciendo con cada paso.

“Haz tu trabajo y hazlo bien,” dijo el hombre dándole la espalda a Merk, con una voz oscura que retumbaba en las paredes, “y se te permitirá servir aquí. El vigilar la torre es el puesto más alto que Escalon puede ofrecer. Debes ser más que un simple guerrero.”

Se detuvieron en el siguiente nivel y el hombre miró a Merk a los ojos como detectando una verdad profunda sobre él. Merk se sintió incómodo.

“Todos tenemos pasados oscuros,” dijo el hombre. “Eso es lo que nos trajo aquí. ¿Qué virtud se esconde en tu oscuridad? ¿Estás listo para nacer de nuevo?”

Pausó y Merk se quedó de pie tratando de comprender sus palabras, inseguro de cómo responder.

“Aquí es difícil ganarse el respeto,” continuó. “Cada uno de nosotros somos lo mejor que Escalon tiene para ofrecer. Gánatelo y puede que un día seas aceptado en nuestra hermandad. Si no, se te pedirá que te vayas. Recuerda: esas puertas que se abrieron para dejarte entrar pueden de igual manera hacerte salir.”

El corazón de Merk se desplomó al pensarlo.

“¿Cómo puedo servir?” Preguntó Merk sintiendo el sentido de propósito que siempre había deseado tener.

El guerrero se detuvo por un largo rato y finalmente se dio vuelta y continuó subiendo. Mientras Merk lo veía avanzar, empezó a darse cuenta de que había muchas cosas prohibidas en esta torre, muchos secretos que tal vez no llegaría a conocer.

Merk intentó seguirlo pero de repente una gruesa mano lo golpeó en el pecho deteniéndolo. Volteó y miró a otro guerrero que aparecía saliendo de otra puerta secreta mientras el primer guerrero continuaba y desaparecía en los niveles superiores. El nuevo guerrero era mucho más alto que Merk y portaba la misma cota de malla dorada.

“Servirás en este nivel,” dijo con voz ronca, “con el resto de ellos. Yo soy tu comandante: Vicor.”

Su nuevo comandante, un hombre delgado de rostro duro como la piedra, parecía alguien a quien no molestar. Vicor señaló a una puerta abierta en la pared y Merk entró cuidadosamente, preguntándose qué era este lugar mientras pasaba por pasillos de piedra. Caminaron en silencio pasando por arcos tallados en puertas de piedra y el salón se extendió en una amplia habitación con un alto techo cónico, pisos y paredes de piedra, e iluminado por luz solar que se filtraba por ventanas angostas cónicas. Merk se sorprendió al ver docenas de rostros que lo miraban, rostros de guerreros, algunos delgados y otros musculosos, todos con ojos duros y constantes, todos alerta con un sentido de propósito. Estaban esparcidos en todo el cuarto cada uno frente a una ventana, y todos, portando la cota de malla dorada, se voltearon y miraron al extraño que entraba en la habitación.

Merk se sintió cohibido y les devolvió la mirada en un silencio incómodo.

Junto a él, Vicor se aclaró la garganta.

“Los hermanos no confían en ti,” le dijo a Merk. “Puede que nunca lo hagan. Y tal vez tú nunca confíes en ellos. Aquí el respeto no se regala y no hay segundas oportunidades.”

“¿Qué es lo que debo hacer?” Preguntó Merk desconcertado.

“Lo mismo que estos hombres,” Vicor respondió ásperamente. “Observarás.”

Merk examinó la habitación y, del otro lado, quizá a unos cincuenta pies de distancia, vio una ventana abierta en la que no había ningún guerrero. Vicor caminó despacio hacia ella y Merk lo siguió, pasando por los guerreros que lo observaban antes de volverse a sus ventanas. Era un sentimiento extraño el estar entre estos hombres sin ser uno de ellos. Aún no. Merk siempre había peleado solo, y no sabía lo que era el pertenecer a un grupo.

Al pasar y examinarlos, sintió que todos eran, al igual que él, hombres rotos, hombres sin otro lugar al cuál ir y sin ningún otro propósito en la vida, hombres que había hecho de esta torre de piedra su hogar, hombres como él.

Al acercarse a su estación, Merk notó que el último hombre al que pasó era diferente a los demás. Parecía ser un muchacho de unos dieciocho, con la piel más suave y lisa que Merk jamás había visto, y con largo y fino cabello rubio que bajaba hasta su cintura. Era más delgado que los demás, con muy poco músculo, y parecía como que nunca había estado en batalla. Pero aun así aparentaba orgullo, y Merk se sorprendió al ver que le regresaba la mirada con los mismos ojos amarillos y feroces del Observador. El muchacho parecía muy frágil para estar aquí, muy sensible; pero al mismo tiempo algo en su mirada puso a Merk en guardia.

“No subestimes a Kyle,” dijo Vicor mientras Kyle volvía a voltear hacia su ventana. “Es el más fuerte de nosotros y el único verdadero Observador aquí. Lo enviaron aquí para protegernos.”

Merk apenas si podía creerlo.

Merk llegó hasta su puesto y se sentó junto a la alta ventana mirando hacia afuera. Había una orilla de piedra en la cual sentarse, y al acercarse a mirar por la ventana, se vio recompensado por una magnífica vista del paisaje. Vio la península estéril de Ur, la cima de los árboles del bosque distante y, más allá, el océano y el cielo. Sintió como si pudiera ver todo Escalon desde aquí.

“¿Eso es todo?” Preguntó Merk sorprendido. “¿Sólo me siento aquí a observar?”

Vicor sonrió.

“Tus deberes aún no han empezado.”

Merk frunció el ceño decepcionado.

“No he venido hasta aquí para sentarme en una torre,” dijo Merk mientras otros volteaban. “¿Cómo voy a defender desde aquí arriba? ¿No puedo patrullar en la planta baja?”

Vicor sonrió.

“Puedes ver más desde aquí arriba que desde abajo,” respondió.

“¿Y si veo algo?” preguntó Merk.

“Suena la campana,” dijo.

Señaló con la cabeza y Merk vio una ventana instalada junto a la ventana.

“Ha habido muchos ataques contra nuestra torre al paso de los siglos,” Vicor continuó. “Todos han fallado gracias a nosotros. Somos los Observadores, la última línea de defensa. Todo Escalon nos necesita y hay muchas maneras de defender una torre.”

Merk lo observó irse y, mientras se acomodaba en su estación en silencio, se preguntaba: ¿qué era en lo que se había metido?

CAPÍTULO SEIS

Duncan guiaba a sus hombres cabalgando bajo la luz de la luna, atravesando las llanuras nevadas de Escalon con el paso de las horas y dirigiéndose hacia el horizonte hacia Andros. La cabalgata nocturna le trajo memorias de batallas pasadas, del tiempo que pasó en Andros sirviendo al antiguo Rey; se perdió en sus pensamientos, en memorias que se mezclaban con el presente y con fantasías del futuro hasta que no pudo distinguir lo que era real. Como siempre, sus pensamientos giraron hacia su hija.

Kyra. ¿Dónde estás? se preguntaba.

Duncan oró por que estuviera segura y progresara en su entrenamiento, y por que pronto se reunieran. ¿Podría ella invocar a Theos de nuevo? se preguntó. Si no, no sabía si podrían ganar esta guerra que ella había empezado.

El incesante sonido de los caballos y armaduras llenaba la noche. Duncan apenas sentía el frío con el corazón cálido por la victoria, por el impulso, por el creciente ejército que lo seguía y por la anticipación. Finalmente después de todos estos años sentía que las cosas giraban a su favor. Sabía que Andros estaría protegido por un ejército profesional, que estarían superados en número, que la capital estaría fortificada y que no contaban con los hombres suficientes para organizar un asedio. Sabía que le esperaba la batalla de su vida, una que determinaría el destino de Escalon. Pero este era el peso del honor.

Duncan también sabía que él y sus hombres tenían una causa de su lado, un deseo y propósito; y más que nada, velocidad y el elemento de la sorpresa. Los Pandesianos nunca esperarían un ataque a la capital, no por personas subyugadas y nunca de noche.

Finalmente, mientras empezaba a amanecer aún con un azul opaco, Duncan vio en la distancia cómo empezaban a aparecer los contornos familiares de la capital. Era una vista que no había esperado ver en su vida, una que hizo que se le acelerara el corazón. Las memorias de todos los años que vivió ahí volvieron apresuradamente, del tiempo en que había servido lealmente al rey y al país. Recordó a Escalon en la cúspide de su gloria, una nación libre y orgullosa, una que parecía invencible.

Pero esto también le trajo memorias amargas: la traición del débil Rey hacia su gente, el cómo había entregado Escalon y su capital. Recordó cómo él y todos los jefes militares se dispersaron obligados a retirarse en vergüenza, exiliados a sus propias fortalezas en Escalon. El ver los majestuosos contornos de la ciudad le hicieron sentir deseo y nostalgia y miedo y esperanza al mismo tiempo. Estos eran los contornos que habían marcado su vida, los límites de la ciudad más grande de Escalon, gobernada por reyes por siglos, extendiéndose tan lejos que era difícil ver dónde terminaba. Duncan respiró profundo al ver los familiares parapetos y cúpulas y chapiteles, todos arraigados profundamente en su alma. De algún modo, era como regresar a casa; excepto que Duncan ahora no era el derrotado y leal comandante que alguna vez había sido. Ahora era más fuerte, no le respondería a nadie, y traía un ejército a las espaldas.

Mientras amanecía, la ciudad seguía alumbrada por antorchas, lo que quedaba de la guardia nocturna empezaba a recibir la mañana entre la niebla y, mientras Duncan se acercaba, vio algo más que hizo que su corazón le ardiera: las banderas azul y amarillo de Pandesia ondeando orgullosamente sobre las almenas de Andros. Esto le hizo sentirse enfermo y renovó su sentido de determinación.

Duncan inmediatamente examinó las puertas y se sintió animado al ver que estaban guardadas sólo por unos cuantos soldados. Respiró aliviado. Si los Pandesianos supieran que venían, habría miles de soldados cuidándolas; y Duncan y sus hombres no tendrían oportunidad. Pero con esto supo que no los esperaban. Los miles de Pandesianos deberían estar aún dormidos. Afortunadamente, Duncan y sus hombres habían avanzado lo suficientemente rápido para tener una oportunidad.

Duncan sabía que este elemento de la sorpresa sería su única ventaja, lo único que les daría una oportunidad de tomar la inmensa capital con sus filas de almenas y diseñada para resistir a cualquier

ejército; eso, y el conocimiento de Duncan de sus fortificaciones y puntos débiles. Sabía que algunas batallas se habían ganado con menos. Duncan estudió la entrada de la ciudad y supo en dónde deberían atacar primero si quería tener una oportunidad de ser victorioso.

“¡Quien controla las puertas controla la ciudad!” Les gritó Duncan a Kavos y a sus otros comandantes. “No deben cerrarse, no debemos permitirles cerrarlas sin importar el costo. Si lo hacen, estaremos atrapados definitivamente. Llevaré una pequeña fuerza conmigo e iremos hacia las puertas a toda velocidad. Tú,” dijo señalando a Kavos, Bramthos y Seavig, “lleven al resto de los hombres hacia las guarniciones y protejan nuestros flancos de los soldados que salgan.”

Kavos negó con la cabeza.

“Cargar contra esas puertas con un pequeño grupo es imprudente,” gritó. “Estarás rodeado y, si estoy peleando en las guarniciones, no podré cuidarte la espalda. Es un suicidio.”

Duncan sonrió.

“Y es por eso que lo haré yo mismo.”

Duncan pateó a su caballo y avanzó delante de los otros dirigiéndose hacia las puertas, mientras Anvin, Arthfael y una docena de sus más cercanos comandantes, hombres que conocían Andros tan bien como él, hombres con los que había peleado toda su vida, lo siguieron como él esperaba que lo hicieran. Todos se dirigieron hacia las puertas de la ciudad a toda velocidad mientras, detrás de ellos, Duncan vio cómo Kavos, Bramthos, Seavig, y el resto del ejército se dirigieron hacia las guarniciones Pandesianas.

Duncan, con el corazón acelerado, sabiendo que tenía que llegar a la puerta antes de que fuera tarde, bajó la cabeza e hizo que el caballo se apresurara. Galoparon hacia el centro de la vereda sobre el Puente del Rey, con las pezuñas resonando en la madera, y Duncan sintió cómo se avecinaba la batalla. Al amanecer, Duncan vio el rostro confundido del primer Pandesiano que los detectó, un soldado joven que hacía guardia medio dormido en el puente, parpadeando mientras su rostro se llenaba de terror. Duncan se acercó, sacó su espada, y en un movimiento rápido lo cortó antes de que pudiera levantar su escudo.

La batalla había empezado.

Anvin, Arthfael, y los otros arrojaron sus lanzas, derribando a una docena de Pandesianos que voltearon hacia ellos. Continuaron galopando sin detenerse sabiendo que esto significaría su vida. Se apresuraron sobre el puente y se abalanzaron sobre las puertas abiertas de Andros.

Aún a unas cien yardas de distancia, Duncan observó las legendarias puertas de Andros, talladas en oro con unos cien pies de altura, diez pies de ancho, y sabía que, si se sellaban, la ciudad sería impenetrable. Ocuparía equipo de asedio profesional, que no tenía, y muchos meses con muchos hombres golpeando las puertas, que tampoco tenía. Estas puertas nunca se habían rendido a pesar de siglos de ataques. Si no las alcanzaba a tiempo, todo estaría perdido.

Duncan analizó a la docena de soldados Pandesianos que las cuidaban, una fuerza ligera, hombres adormecidos al amanecer y ninguno esperando un ataque, y apresuró a su caballo sabiendo que el tiempo era limitado. Tenía que llegar antes de que lo descubrieran; necesitaba sólo un minuto más para asegurar su supervivencia.

Pero de repente, se escuchó el sonido de un cuerno, y el corazón de Duncan cayó al ver en la cima de los parapetos a un soldado sonando un cuerno de advertencia una y otra vez. El sonido hizo eco en las murallas de la ciudad y Duncan se descorazonó al ver que había perdido la ventaja que tenía. Había subestimado al enemigo.

Los soldados Pandesianos en la puerta se pusieron en acción. Avanzaron y pusieron sus hombros en las puertas, seis hombres de cada lado, empujando con todas sus fuerzas para cerrarlas. Al mismo tiempo, cuatro soldados más movían palancas a los lados mientras otros cuatro jalaban cadenas de cada lado. Con un gran ajeteo, las barras empezaron a cerrarse. Duncan observó con desesperación sintiendo como si cerraran un ataúd en su corazón.

“¡MÁS RÁPIDO!” apremió a su caballo.

Todos se apresuraron en una última carrera definitiva. Al acercarse, algunos de los hombres arrojaron sus lanzas a los hombres en las puertas en un esfuerzo desesperado; pero aún estaban muy lejos y las lanzas se quedaron cortas.

Duncan apuró a su caballo como nunca antes, cabalgando imprudentemente delante de los demás y, al acercarse a las puertas, de repente sintió algo pasar volando a su lado. Se dio cuenta que era una jabalina y volteó hacia arriba para ver a soldados encima de los parapetos arrojándolas. Duncan escuchó un grito y volteó a ver a uno de sus hombres, uno con el que había peleado a su lado por años, atravesado y cayendo de espaldas, muerto.

Duncan se apresuró aún más dejando de protegerse y dirigiéndose hacia las puertas. Estaba a unas veinte yardas de distancia y las puertas casi se cerraban. Sin importar cómo, incluso si significaba su muerte, no dejaría que eso sucediera.

En un último avance suicida, Duncan saltó del caballo arrojándose hacia la abertura que quedaba en las puertas. Extendió la mano con su espada y alcanzó a meterla en la abertura entre las puertas. La espada se dobló pero sin romperse. Duncan sabía que esa franja de metal era lo único que impedía que las puertas se cerraran completamente, lo único que mantenía a la capital abierta, lo único que evitaba que todo Escalon estuviera perdido.

Los impresionados soldados Pandesianos, al darse cuenta que la puerta no cerraba, miraron asombrados la espada de Duncan. Se abalanzaron hacia ella y Duncan sabía que no dejaría que eso pasara incluso si perdía la vida.

Aún aturdido por la caída de su caballo y con dolor en las costillas, Duncan trató de rodar para alejarse del primer soldado, pero no pudo hacerlo. Vio la espada levantarse detrás de él y se preparó para el mortal impacto; pero de repente el soldado gritó y Duncan miró a su caballo relinchando y golpeando a su enemigo en el pecho antes de que pudiera atacar a Duncan. El soldado salió volando con las costillas rotas y cayó de espaldas inconsciente. Duncan miró a su caballo con gratitud dándose cuenta de que le había vuelto a salvar la vida.

Con el tiempo que necesitaba, Duncan se puso de pie sacando su espada de repuesto y se preparó para el grupo de soldados que llegaba. El primer soldado lo atacó con su espada y Duncan la bloqueó sobre su cabeza, giró y lo cortó entre los hombros haciéndolo que cayera. Duncan avanzó y cortó al siguiente soldado en el estómago antes de que pudiera alcanzarlo, saltando después sobre su cuerpo y golpeando al siguiente soldado con los dos pies haciéndolo caer de espaldas. Se agachó mientras otro soldado trataba de golpearlo y después giró y lo cortó en la espalda.

Duncan, distraído por sus atacantes, giró al sentir movimiento detrás de él y vio cómo un Pandesiano tomaba la espada de la rendija y empezaba a jalarla. Al ver que no había tiempo, Duncan giró, apuntó, y lanzó su espada. Esta voló en el aire y se encajó en la garganta del hombre antes de que pudiera sacar la espada larga. Había salvado la puerta, pero había quedado indefenso.

Duncan avanzó hacia la puerta esperando poder ampliar la grieta; pero al hacerlo, un soldado lo tacleo por detrás y lo arrojó al piso. Con su espalda descubierta, Duncan sabía que estaba en peligro. No podía hacer mucho mientras el Pandesiano detrás de él levantaba su lanza para atravesarlo.

Un grito atravesó el aire y Duncan vio a Anvin acercarse girando su mazo y golpeando al soldado en la muñeca, derribando la lanza de su mano justo antes de que atravesara a Duncan. Anvin entonces saltó de su caballo y derribó al hombre y, al mismo tiempo, Arthfael y los otros llegaron atacando al grupo de soldados que se dirigía hacia Duncan.

Liberado, Duncan analizó la situación y vio a los soldados que cuidaban la puerta muertos, la puerta apenas abierta por su espada, y a cientos de soldados Pandesianos que empezaban a salir de los cuarteles apresurándose para atacar a Kavos, Bramthos, Seavig, y sus hombres. Sabía que había poco tiempo. Incluso con Kavos y sus hombres peleando, algunos escaparían y se dirigirían a la puerta, y si Duncan no controlaba estas puertas pronto, él y sus hombres estarían acabados.

Duncan esquivó mientras otra lanza era arrojada desde los parapetos. Se apresuró y tomó un arco y flechas de un soldado caído, se hizo hacia atrás, apuntó, y disparó hacia un Pandesiano que

estaba en la cima mientras este se asomaba con una lanza en su mano. El muchacho gritó y cayó atravesado por la flecha, claramente no esperando esto. Se desplomó hacia la tierra cayendo al lado de Duncan, y Duncan se hizo a un lado para no ser aplastado por el cuerpo. Duncan sintió una especial satisfacción al ver que el muchacho era el encargado del cuerno.

“¡LAS PUERTAS!” gritó Duncan a sus hombres mientras estos derribaban a los soldados restantes.

Sus hombres se juntaron bajando de sus caballos y se apresuraron a ayudarlo a abrir las puertas. Jalaron con todas sus fuerzas, pero apenas si las movieron. Más hombres se unieron al esfuerzo y, mientras todos tiraban juntos, una empezó a moverse. Se abrió poco a poco y pronto hubo suficiente espacio para que Duncan pusiera su pie en la abertura.

Duncan introdujo sus hombros en la abertura y empujó con todas sus fuerzas, gimiendo y con sus brazos temblando. El sudor corría en su rostro a pesar del frío de la mañana y miró cómo un flujo de soldados salía de las guarniciones. La mayoría se enfrentaba a Kavos, Bramthos y sus hombres, pero los suficientes pudieron evitarlos dirigiéndose hacia él. Un grito repentino atravesó el amanecer y Duncan vio a un hombre a su lado, uno de sus leales comandantes, cayendo al suelo. Vio la lanza en su espalda y se dio cuenta de que los soldados ya estaban a distancia de tiro.

Más Pandesianos levantaron sus lanzas apuntando hacia su dirección y Duncan se preparó al darse cuenta de que no pasarían por las puertas a tiempo. Pero de repente, para su sorpresa, los soldados tambalearon y cayeron de frente. Observó y miró flechas y espadas en sus espaldas, y sintió una oleada de gratitud al ver a Bramthos y Seavig guiando a cien hombres que se separaban de Kavos, peleando con la guarnición pero ahora volteando para ayudarlo.

Duncan redobló sus esfuerzos empujando con todas sus fuerzas mientras Anvin y Arthfael se introdujeron a su lado sabiendo que tenían que abrir la grieta lo suficiente para que pasaran los soldados. Finalmente, mientras más hombres se unían al esfuerzo, hundieron sus pies en la nieve y empezaron a caminar. Duncan dio un paso tras otro hasta que, gimiendo, vio que la puerta se abrió hasta la mitad.

Escuchó un grito de victoria detrás de él y se volteó para ver a Bramthos y Seavig avanzando con cien hombres a caballo, todos dirigiéndose hacia la puerta abierta. Duncan recuperó su espada, la levantó y avanzó guiando a sus hombres por las puertas abiertas, poniendo un pie dentro de la capital y olvidando toda precaución.

Con flecha y lanzas lloviendo sobre ellos, Duncan se dio cuenta que tenían que ganar control sobre los parapetos, que también estaban equipados con catapultas con la capacidad de hacerles mucho daño a sus hombres. Miró arriba hacia las almenas pensando en cuál sería la mejor forma de subir, cuando de repente escuchó otro grito y miró una gran fuerza de soldados Pandesianos que se juntaba en la ciudad y avanzaban sobre ellos.

Duncan los enfrentó con valentía.

“¡HOMBRES DE ESCALON, ¿QUIÉN HABITA NUESTRA APRECIADA CAPITAL?!” gritó.

Todos los hombres gritaron y avanzaron detrás de él mientras Duncan montaba su caballo y los guiaba hacia los soldados.

A esto le siguió un gran impacto de armas mientras los soldados y caballos se encontraban, y Duncan y sus cien hombres atacaron a los cien soldados Pandesianos. Duncan sintió que los soldados Pandesianos habían sido sorprendidos con la guardia baja, pues esperaban una pelea fácil al haber visto a Duncan con unos cuantos hombres y sin esperar ver el gran número de refuerzos detrás de Duncan. Vio cómo sus ojos mostraban asombro al ver a Bramthos, Seavig y todos los hombres atravesar las puertas de la ciudad.

Duncan levantó su espada y bloqueó un ataque, apuñaló a un soldado en el estómago, giró, y golpeó a otro en la cabeza con su escudo; después tomó la lanza de su arnés y la lanzó a otro. Sin miedo, abrió un camino en medio de la multitud derribando a diestra y siniestra mientras todos a su

alrededor, Anvin, Arthfael, Bramthos, Seavig, y sus hombres hacían lo mismo. Se sentía bien estar de nuevo dentro de la capital en estas calles que conocía muy bien; pero se sintió mejor el liberarla de los Pandesianos.

Muy pronto docenas de Pandesianos estaban apilados bajo sus pies, todos incapaces de detener a Duncan y sus hombres como una ola que caía sobre la capital al amanecer. Duncan y sus hombres estaban arriesgándolo todo, habían venido de muy lejos, y estos hombres cuidando las calles estaban lejos de su hogar, desmoralizados, con una causa débil, con sus líderes lejos, y sorprendidos. Después de todo, nunca se habían enfrentado en batalla contra los verdaderos guerreros de Escalon. Mientras la marea avanzaba, los soldados Pandesianos restantes se dieron la vuelta y escaparon; y Duncan y sus hombres cabalgaron con más velocidad alcanzándolos y derribándolos con flechas y lanzas hasta que no quedó ninguno.

Con el camino hacia la capital libre y con flechas y lanzas aún cayendo sobre ellos, Duncan se enfocó de nuevo en los parapetos mientras otro de sus hombres caía de su caballo con una flecha encajada en su hombro. Necesitaban los parapetos, el terreno alto, no sólo para detener las flechas, sino para ayudar a Kavos; después de todo, Kavos seguía superado en número detrás de las murallas y necesitaría la ayuda de Duncan desde los parapetos con las catapultas si quería tener una oportunidad de sobrevivir.

“¡A LAS ALTURAS!” gritó Duncan.

Los hombres de Duncan vitorearon y lo siguieron mientras les hacía una señal, separándose, la mitad siguiéndolo a él y la mitad siguiendo a Bramthos y Seavig hacia el otro lado del patio para ascender por el otro lado. Duncan se dirigió hacia los escalones de piedra que se encontraban en el muro lateral que iban hacia los parapetos superiores. Había una docena de soldados cuidándolos y todos miraban asombrados al ataque que llegaba. Duncan se arrojó sobre ellos y tanto él como sus hombres arrojaron lanzas, matándolos incluso antes de que pudieran levantar sus escudos. No había tiempo que perder.

Llegaron a los escalones y Duncan desmontó guiando el avance, en una sola fila, por los escalones. Vio hacia arriba y miró a soldados Pandesianos que bajaban para encontrarlos, con sus lanzas levantadas y listos para arrojarlas; sabía que tenían ventaja sobre él y, no queriendo perder tiempo en combate mano a mano mientras las lanzas caían sobre él, pensó con rapidez.

“¡FLECHAS!” ordenó Duncan a los hombres detrás de él.

Duncan se agachó cayendo al piso y un momento después escuchó las flechas volando sobre él mientras los hombres seguían su orden, acercándose y disparando. Duncan miró hacia arriba y vio con satisfacción cómo los hombres que bajaban los escalones eran impactados y caían hacia los lados, gimiendo mientras se desplomaban hacia el patio de piedra debajo.

Duncan continuó subiendo los escalones tacleando a un soldado mientras otros más llegaban y lo empujaban hacia la orilla. Él giró y golpeó a uno más con su escudo mandándolo a volar también, y entonces levantó su espada apuñalando a otro en la barbilla.

Pero esto dejó a Duncan vulnerable en la angosta escalera, y un Pandesiano saltó hacia su espalda y lo llevó hasta la orilla. Duncan se aferró por su vida arañando la piedra, incapaz de sostenerse y a punto de caer; cuando de repente el hombre encima de él dejó de moverse a cayó por un lado de él, muerto. Duncan vio una espada en su espalda y giró viendo a Arthfael que lo ayudaba a ponerse de pie.

Duncan continuó avanzando agradecido de tener a sus hombres detrás de él, y subió nivel tras nivel evitando lanzas y flechas, bloqueando algunas con su escudo, hasta que finalmente llegó a los parapetos. En la cima había una ancha meseta de piedra de unas diez yardas de ancho, abarcando la parte superior de las puertas, y llena de soldados Pandesianos hombro a hombro todos armados con flechas, lanzas, jabalinas, y todos ocupados lanzando armas hacia los hombres de Kavos debajo. Al llegar Duncan con sus hombres, dejaron de atacar a Kavos y se voltearon hacia él. Al mismo tiempo, Seavig y el otro grupo de hombres terminaron de subir los escalones del otro lado del patio y atacaron a los soldados desde el lado opuesto. Los rodearon sin dejarles escapatoria.

La pelea se volvió espesa, mano a mano, mientras los soldados de ambos lados trataban de ganar terreno. Duncan levantó su espada y escudo y, mientras los impactos llenaban el aire, continuó su sangrienta pelea mano a mano cortando a un hombre tras otro. Duncan se agachó esquivando los golpes y empujó a un hombre sobre la orilla con sus hombros, quien cayó gritando hacia su muerte, y recordó que a veces las mejores armas son las propias manos.

Gritó de dolor al recibir una cortada en el estómago pero afortunadamente giró y sólo lo rozó. Mientras el soldado se preparaba para darle el golpe final, Duncan, sin espacio para maniobrar, lo golpeó con la cabeza haciendo que soltara su espada. Después le dio un rodillazo, se acercó a él y lo arrojó por la orilla.

Duncan peleó y peleó ganando terreno con dificultad mientras el sol se elevaba y el sudor le lastimaba los ojos. Sus hombres gemían y gritaban de dolor en todos lados mientras los hombros de Duncan se cansaban por la pelea.

Al tratar de recobrar el aliento y cubierto de la sangre de sus enemigos, Duncan dio un paso final hacia adelante levantando la espada; pero se sorprendió al ver a Bramthos y Seavig y sus hombres de frente. Volteó y analizó todos los cuerpos muertos y se dio cuenta con asombro de que lo habían logrado; habían despejado los parapetos.

Hubo un grito de victoria mientras todos los hombres se encontraban en el centro.

Pero Duncan sabía que la situación aún era apremiante.

“¡FLECHAS!” gritó.

Inmediatamente volteó hacia abajo hacia los hombre de Kavos y vio cómo se desenvolvía una gran batalla en el patio mientras miles de soldados Pandesianos más salían de las guarniciones para encontrarlos. Kavos se veía rodeado lentamente por todas partes.

Los hombres de Duncan tomaron los arcos de los caídos, apuntaron por encima de los muros, y dispararon a los Pandesianos mientras Duncan se les unía. Los Pandesianos nunca esperaron que les dispararan desde la capital y cayeron por docenas, desplomándose en el piso mientras los hombres de Kavos eran salvados. Los Pandesianos empezaron a caer al lado de Kavos mientras se desataba un gran pánico cuando se dieron cuenta que Duncan controlaba las alturas. Atrapados entre Duncan y Kavos, no tenían a dónde escapar.

Duncan no les daría tiempo de reagruparse.

“¡LANZAS!” ordenó.

Duncan tomó una tras otra y las arrojó hacia abajo aprovechándose del gran arsenal dejado en los parapetos, diseñados para alejar invasores de Andros.

Mientras los Pandesianos empezaban a flaquear, Duncan supo que tenía que hacer algo definitivo para acabarlos.

“¡CATAPULTAS!” gritó.

Los hombres se apresuraron hacia las catapultas dejadas encima de las almenas y jalaron las grandes cuerdas, girando manivelas hasta que estuvieron en posición. Pusieron las rocas en su lugar y esperaron la orden. Duncan caminó por toda la línea ajustando las posiciones para que las rocas evitaran a Kavos y llegaran a su objetivo perfecto.

“¡DISPAREN!” gritó.

Docenas de rocas volaron en el aire y Duncan vio con satisfacción cómo destrozaban las guarniciones de piedra, matando a docenas de Pandesianos que salían como hormigas para enfrentarse a Kavos. Los sonidos hicieron eco en todo el patio, aturdiendo a los Pandesianos e incrementando su pánico. Mientras las nubes de polvo y escombros se elevaban, se daban vuelta sin estar seguros hacia dónde pelear.

Kavos, como el guerrero veterano que era, tomó ventaja de su situación. Juntó a sus hombres y cargó con un nuevo impulso, y mientras los Pandesianos flaqueaban, atravesó cortando por sus filas.

Los cuerpos caían a diestra y siniestra mientras el campamento Pandesiano estaba en desorden, y pronto se dieron la vuelta y huyeron en todas direcciones. Kavos cazó a todos y cada uno de ellos. Fue una masacre.

Para el tiempo en que el sol ya estaba elevado, todos los Pandesianos estaban en el suelo muertos.

Mientras caía el silencio, Duncan observó asombrado mientras el sentimiento de victoria empezaba a crecer en él y sabiendo que lo habían logrado. Habían tomado la capital.

Mientras los hombres gritaban todo en derredor, tomándose de los hombros y vitoreando, Duncan se limpió el sudor de los ojos aún respirando agitadamente y empezó a darse cuenta: Andros era libre.

La capital era suya.

CAPÍTULO SIETE

Alec levantó el cuello y miró impresionado mientras pasaban las enormes puertas arqueadas de Ur, empujado por montones de gente en todos lados. Avanzó entre la multitud con Marco a su lado, con sus rostros aún empolvados por su marcha en la Llanura de las Espinas, y miraba atentamente al arco de mármol que se elevaba a unos cien pies de altura. Miró las antiguas murallas de granito del templo a cada lado, y se sorprendió al ver que pasaban por el recorte de un templo que a la vez servía como entrada de la ciudad. Alec vio a muchos devotos que se arrodillaban frente a las murallas, una mezcla extraña con todo el alboroto y ajeteo de los comercios, y esto lo hizo reflexionar. Una vez había orado a los dioses de Escalon; pero ahora no le oraba a ninguno. Se preguntaba qué dios podría permitir que su familia muriera. El único dios al que ahora serviría sería al dios de la venganza; y este era un dios al que serviría con todas sus fuerzas.

Alec, abrumado por el ajeteo en todos lados, se dio cuenta que esta era una ciudad diferente a cualquiera que hubiera visto, muy diferente a la pequeña aldea en la que había crecido. Por primera vez desde la muerte de su familia, sentía cómo era empujado de nuevo a la vida. Este lugar era tan sorprendente, tan vivo, que era difícil entrar y no verse distraído. Sintió una nueva oleada de propósito al darse cuenta que, dentro de las puertas, había otros como él, amigos de Marco con la misma determinación de vengarse de Pandesia. Siguió mirando con admiración, gente de todas las apariencias y ropajes y razas, todos apurados en varias direcciones. Era una verdadera ciudad cosmopolita.

“Mantén tu cabeza baja,” le susurró Marco mientras pasaban por la puerta del este y entre el gentío.

Marco le dio un codazo.

“Ahí.” Marco señaló hacia un grupo de soldados Pandesianos. “Revisan rostros. Estoy seguro que buscan los nuestros.”

Alec reflexivamente tomó con más fuerza su daga y Marco le detuvo la muñeca con firmeza.

“Aquí no, mi amigo,” Marco le advirtió. “Esta no es una aldea en el campo sino una ciudad de guerra. Mata a dos Pandesianos en la puerta y le seguirá un ejército.”

Marco lo observó con intensidad.

“¿Prefieres matar a dos?” lo presionó. “¿O a dos mil?”

Alec, dándose cuenta de lo sabias que eran las palabras de su amigo, dejó de apretar su daga y utilizó toda su fuerza de voluntad para apagar su deseo de venganza.

“Habrás muchas oportunidades, mi amigo,” dijo Marco mientras pasaban por la multitud con las cabezas bajas. “Mis amigos están aquí, y la resistencia es fuerte.”

Se mezclaron con la multitud que pasaba por las puertas y Alec bajó los ojos para que los Pandesianos no los vieran.

“¡Oye tú!” gritó uno de los Pandesianos. Alec sintió cómo su corazón se aceleraba mientras mantenía su cabeza baja.

Avanzaron hacia él mientras este se preparaba apretando su daga. Pero detuvieron a un muchacho al lado de él tomándolo bruscamente y revisando su rostro. Alec respiró profundamente aliviado de ver que no era él y pasó por la puerta con rapidez sin ser detectado.

Finalmente entraron al centro de la ciudad y, mientras Alec se quitaba la capucha de la cabeza, se quedó pasmado con la imagen. Ahí, delante de él, se encontraba la magnificencia arquitectónica y bullicio de Ur. La ciudad parecía estar viva y pulsante, brillando bajo el sol y casi dando la apariencia de resplandecer. Al principio Alec no sabía por qué, hasta que se dio cuenta: el agua. Había agua en todas partes, la ciudad estaba llena de canales, el agua azul brillaba con el sol matutino y daba la apariencia de ser una con el mar. Los canales estaban llenos con todo tipo de naves—botes de remos, canoas, veleros—incluso elegantes buques de guerra negros ondeando las banderas azul y amarillo de

Pandesia. Los canales estaban rodeados de calles empedradas, rocas antiguas y desgastadas que eran pisadas por personas en toda clase de atuendos. Alec vio caballeros, soldados, civiles, comerciantes, campesinos, mendigos, malabaristas, mercaderes, granjeros y muchos más que se mezclaban juntos. Muchos traían colores que Marco nunca había visto, claramente visitantes provenientes del mar, visitantes que venían del otro lado del mundo hacia Ur, el puerto internacional de Escalon. Insignias brillantes de diferentes barcos foráneos llenaban el canal como si todo el mundo se reuniera en este solo lugar.

“Los acantilados que rodean Escalon son tan altos que mantienen a Escalon impenetrable,” explicó Marco mientras caminaban. “Ur tiene la única playa, el único puerto para las grandes embarcaciones. Escalon tiene otros puertos, pero ninguno tan fácil de acceder. Así que cuando quieren visitarnos, todos vienen aquí,” añadió señalando con la mano mientras veía a todas las personas y los barcos.

“Es algo bueno y malo a la vez,” continuó. “Esto nos trae comercio desde las cuatro esquinas del reino.”

“¿Y lo malo?” preguntó Alec mientras se abrían camino entre la multitud de personas y Marco se detenía a comprar un palo de carne.

“Deja a Ur propensa a un ataque por el mar,” respondió. “Es un punto natural para una invasión.”

Alec estudió las alturas de la ciudad pasmado, viendo todos los campanarios y sinfín de edificios altos. Nunca había visto nada parecido.

“¿Y las torres?” preguntó viendo la serie de altas torres cuadradas en la cima de los parapetos, elevándose sobre la ciudad y de frente al mar.

“Fueron construidas para vigilar el mar,” respondió Marco. “Contra una invasión. Aunque, con la rendición del débil rey, esto no nos sirvió mucho.”

Alec pensaba.

“¿Y si no se hubiera rendido?” preguntó Alec. “¿Podiera Ur haberse defendido de un ataque por el mar?”

Marco se encogió de hombros.

“No soy un comandante,” dijo. “Pero sé que tenemos formas. Ciertamente podría defenderse de piratas y saqueadores. Pero una flota es otra historia. Pero en sus mil años de historia, Ur nunca ha caído; y eso es decir algo.”

Campanas distantes se escucharon en el aire mientras siguieron caminando, mezclándose con el sonido de las gaviotas que volaban y graznaban. Al avanzar por la multitud, Alec sintió que su estómago se retorció al oler toda clase de comida en el aire. Sus ojos se abrieron al pasar por filas de comerciantes vendiendo diferentes productos. Vio objetos exóticos y delicias que nunca había visto antes, y se maravilló con la vida de esta ciudad cosmopolita. Aquí todo era más rápido y todos tenían prisa, con la gente pasando tan rápido que apenas tenía tiempo de verlas antes de que se fueran. Esto lo hizo darse cuenta de la pequeñez del pueblo del que venía.

Alec observó a un vendedor que tenía las frutas rojas más grandes que jamás había visto, y metió la mano en el bolsillo para comprar una; cuando sintió que alguien golpeaba su hombro fuertemente desde un costado.

Se giró para ver a un gran hombre mayor que se elevaba sobre él, con una desarreglada barba negra y frunciendo el ceño. Tenía un rostro extranjero que Alec no pudo reconocer y maldijo en un idioma que Alec no pudo entender. El hombre entonces lo sorprendió empujando a Alec hacia atrás volando hacia un puesto y cayendo sobre la calle.

“Eso no es necesario,” dijo Marco acercándose y poniendo una mano para detener al hombre.

Pero Alec, que normalmente era pasivo, tuvo una nueva sensación de rabia. Era un sentimiento no familiar, una rabia que había estado creciendo dentro de él desde la muerte de su familia, una rabia que necesitaba salir. No pudo controlarse. Se puso de pie lanzándose y, con una fuerza que no sabía que tenía, golpeó al hombre en el rostro haciéndolo retroceder y caer sobre otro puesto.

Alec se quedó pasmado al ver que había derribado a un hombre mucho más grande, mientras que Marco se quedó a su lado igual de impresionado.

Surgió una conmoción en el mercado mientras los amigos patanes del hombre se acercaban y un grupo de soldados Pandesianos venía corriendo desde el otro lado de la plaza. Marco observó en pánico y Alec supo que estaban en una situación precaria.

“¡Por aquí!” apuró Marco tomando a Alec y jalándolo con rudeza.

Mientras el patán se ponía de pie y los Pandesianos se acercaban, Alec y Marco corrieron por entre las calles mientras Alec trataba de seguir a su amigo que pasaba por la ciudad que conocía muy bien, tomando atajos, pasando entre puestos, y girando en callejones. Alec apenas podía mantener el paso con los repentinos zigzags. Pero cuando miró sobre su hombro, vio al gran grupo que se acercaba y sabía que esta sería una pelea que no podrían ganar.

“¡Aquí!” gritó Marco.

Alec observó a Marco saltar sobre la orilla del canal y lo siguió sin pensarlo esperando caer sobre el agua.

Pero se sorprendió al no escuchar el agua y caer en una pequeña saliente de piedra en el fondo, una que no había visto desde arriba. Marco, respirando agitadamente, golpeó cuatro veces en una puerta de madera oculta, construida en la piedra debajo de la calle, y una segunda puerta lateral se abrió y Marco y Alec fueron jalados hacia la oscuridad con la puerta cerrándose detrás de ellos. Antes de que se cerrara, Alec vio a los hombres llegando a la orilla del canal y confundidos al no poder ver nada debajo.

Alec vio que estaba bajo tierra en un oscuro canal subterráneo, y corrió desconcertado con el agua hasta los tobillos. Dieron vuelta una y otra vez hasta que encontraron la luz del día de nuevo.

Alec vio que estaban en una gran habitación de piedra debajo de las calles de la ciudad, con luz solar filtrándose desde grietas arriba y miró con asombro que estaba rodeado de varios muchachos de su edad, todos con rostros cubiertos de tierra y sonriendo amigablemente. Todos se detuvieron respirando agitadamente y Marco sonrió y saludo a sus amigos.

“Marco,” dijeron abrazándolo.

“Jun, Saro, Bagi,” respondió Marco.

Todos se acercaron y lo abrazaron sonriendo como si estos hombres fueran todos hermanos. Todos parecían de la misma edad y tan altos como Marco, con hombros anchos, rostros duros y la apariencia de muchachos que habían luchado por sobrevivir todas sus vidas en las calles. También eran muchachos que claramente habían tenido que cuidarse solos.

Marco hizo que Alec se acercara.

“Este,” anunció, “es Alec. Ahora es uno de nosotros.”

Uno de nosotros. Alec disfrutó el sonido de esas palabras. Se sentía bien el pertenecer en algún lugar.

Todos lo saludaron tomándose los antebrazos y uno de ellos, el más alto, Bagi, sacudió la cabeza y sonrió.

“¿Así que tú eres el que inició todo ese alboroto?” preguntó con una sonrisa.

Alec sonrió tímidamente.

“El tipo me empujó,” dijo Alec.

Los otros se rieron.

“Esa es tan buena razón como cualquiera para arriesgar nuestras vidas hoy,” dijo Saro con sinceridad.

“Ahora estás en una ciudad, pueblerino,” dijo Jun severamente y sin sonreír a diferencia de los otros. “Pudiste hacer que nos mataran a todos. Eso fue estúpido. Aquí a las personas no les importa, empujarte es lo menos que te harán. Mantén la cabeza baja y ve hacia dónde vas. Si chocas con alguien, date la vuelta o encontrarás un puñal en tu espalda. Tuviste suerte esta vez. Esta es Ur. Nunca

sabes quién está cruzando la calle y las personas te cortarán por cualquier razón; y a veces sin razón alguna.”

Sus nuevos amigos de repente se dieron la vuelta y avanzaron en los túneles cavernosos, y Alec se apresuró a alcanzar a Marco que se les unía. Todos parecían conocer muy bien este lugar incluso con poca luz, tomando las curvas con facilidad en las cámaras subterráneas y con agua cayendo y haciendo eco en todos lados. Claramente todos habían crecido aquí. Esto hizo que Alec se sintiera inadecuado al haber crecido en Soli, viendo este lugar tan mundano, a estos muchachos que sabían andar en las calles. Era claro que todos habían sufrido pruebas y dificultades que Alec no podía imaginarse. Eran un grupo duro que claramente había estado en muchas altercaciones y, sobre todo, parecían ser sobrevivientes.

Después de pasar por una serie de callejones, los muchachos subieron una inclinada escalera metálica y pronto Alec estuvo en la superficie, en la calle, en un lugar diferente de Ur, estando entre otra ajetreada multitud. Alec vio a su alrededor encontrando una gran plaza con una fuente de cobre en el centro sin reconocerla, apenas pudiendo tomar nota de todos los barrios de esta ciudad en expansión.

Los muchachos se detuvieron debajo de un pequeño edificio anónimo de pidera similar a los otros, con su bajo techo inclinado de tejas rojas. Bagi llamó dos veces y un momento después la puerta oxidada anónima se abrió. Entraron rápidamente y esta se cerró detrás de ellos.

Alec se encontró en una habitación oscura, iluminada sólo por la luz solar que pasaba por las ventanas arriba y se volteó al reconocer el sonido de martillos golpeando yunques analizando la habitación con interés. Escuchó el chillido de una forja, vio las familiares nubes de vapor, e inmediatamente se sintió en casa. No tenía que mirar alrededor para saber que esta era una forja, y que estaba llena de herreros trabajando en armas. Su corazón se aceleró con excitación.

Un hombre alto y delgado de barba corta, tal vez de unos cuarenta, con rostro ennegrecido por la ceniza, limpió sus manos en el mandil y se acercó. Saludó a los amigos de Marco con respeto y estos le regresaron el saludo.

“Fervil,” dijo Marco.

Fervil volteó y miró a Marco y su rostro se iluminó. Se acercó y lo abrazó.

“Pensé que habías ido a Las Flamas,” dijo.

Marco le sonrió.

“No más,” respondió.

“¿Están listos para trabajar?” añadió. Después miró a Alec. “¿Y a quién tenemos aquí?”

“Mi amigo,” dijo Marco. “Alec. Un gran herrero y deseoso de unirse a nuestra causa.”

“¿Conque sí?” Fervil preguntó escéptico.

Examinó a Alec con ojos bruscos, mirándolo de arriba a abajo como si fuera inútil.

“Lo dudo,” respondió, “por su apariencia. Me parece demasiado joven. Pero puede trabajar recogiendo nuestros escombros. Toma esto,” le dijo pasándole a Alec una cubeta llena de escombros metálicos. “Ya te diré si necesito algo más de ti.”

Alec enrojeció indignado. No sabía por qué le había caído tan mal a este hombre; quizá se sentía amenazado. Pudo sentir que había silencio en la forja, que los otros muchachos observaban. De muchas maneras, este hombre le recordaba mucho a su padre, y esto sólo incrementó el enojo de Alec.

Pero aun así echaba humo por dentro, ya no dispuesto a tolerar nada desde la muerte de su familia.

Mientras los otros se volteaban y se alejaban, Alec soltó la cubeta que cayó con un gran sonido en el suelo de piedra. Los demás voltearon pasmados y la forja guardó silencio mientras los otros muchachos se detenían a observar la confrontación.

“¡Lárgate de mi taller!” Fervil gruñó.

Alec lo ignoró; en vez de eso, pasó caminando a su lado hacia la mesa más cercana, tomó una espada larga, la levantó y la examinó.

“¿Este es tu trabajo?” preguntó Alec.

“¿Y quién eres tú para hacerme preguntas a mí?” demandó Fervil.

“¿Lo es?” presionó Marco apoyando a su amigo.

“Lo es,” respondió Fervil defensivamente.

Alec asintió.

“Es basura,” concluyó.

Hubo un gemido de asombro en la habitación.

Fervil se irguió completamente y frunció el ceño, lívido.

“Ustedes muchachos pueden irse ahora,” gruñó. “Todos ustedes. Tengo suficientes herreros aquí.”

Alec defendió su posición.

“Y ninguno vale la pena,” respondió.

Fervil se puso rojo y se acercó amenazante, y Marco puso una mano entre ellos.

“Nos iremos,” dijo Marco.

Alec de repente bajó la punta de la espada al suelo, levantó su pie y con una simple patada la rompió en dos.

Los pedazos volaron por todas partes sorprendiendo a todos.

“¿Debería una buena espada hacer eso?” Preguntó Alec con una sonrisa burlona.

Fervil gritó y se arrojó sobre Alec; pero al acercarse, Alec levantó el extremo dentado de la hoja rota y Fervil se detuvo en seco.

Los otros muchachos viendo la confrontación sacaron sus espadas para defender a Fervil, mientras que Marco y sus amigos sacaron las suyas alrededor de Alec. Todos los muchachos se quedaron de pie encarándose en un tenso enfrentamiento.

“¿Qué estás haciendo?” preguntó Marco a Alec. “Todos compartimos la misma causa. Esto es una locura.”

“Y es por eso que no puedo permitirles pelear usando basura,” respondió Alec.

Alec dejó caer la espada rota y lentamente sacó una espada larga de su cinturón.

“Este es mi trabajo,” dijo Alec fuertemente. “La construí yo mismo en la forja de mi padre. No encontrarán un trabajo más fino.”

Alec de repente le dio vuelta a la espada, tomó la hoja, y se la pasó a Fervil con la empuñadura primero.

En el tenso silencio, Fervil miró hacia abajo claramente sin esperarse esto. Tomó la empuñadura dejando a Alec indefenso y por un momento pareció que contemplaba apuñalar a Alec con ella.

Pero Alec se mantuvo de pie orgulloso y sin miedo.

Lentamente, el rostro de Fervil se suavizó al darse cuenta que Alec se había quedado indefenso y ahora lo miraba con más respeto. Miró hacia abajo y examinó la espada. La pesó en su mano y la levantó hacia la luz, y finalmente, después de un largo tiempo, miró a Alec impresionado.

“¿Es tu trabajo?” preguntó con incredulidad en su voz.

Alec asintió.

“Y puedo crear muchas más,” respondió.

Se acercó y miró a Fervil con intensidad en sus ojos.

“Quiero matar Pandesianos,” dijo Alec. “Y quiero hacerlo con armas verdaderas.”

Un gran y denso silencio se posó sobre la habitación hasta que finalmente Fervil sacudió su cabeza y sonrió.

Bajó la espada y extendió un brazo que Alec tomó. Lentamente, todos los muchachos bajaron sus armas.

“Supongo,” dijo Fervil ampliando su sonrisa, “que podemos hallar un lugar para ti.”

CAPÍTULO OCHO

Aidan caminó por la desierta vereda del bosque, estando tan lejos de cualquier parte como nunca lo había estado, sintiéndose completamente solo en el mundo. Si no fuera por su Perro del Bosque a su lado, estaría abatido y sin esperanza; Pero Blanco le daba fuerza a pesar de estar herido de gravedad mientras Aidan pasaba su mano por su pelaje corto y blanco. Ambos cojeaban, cada uno herido por su encuentro con el salvaje conductor de carreta, con cada paso siendo doloroso mientras el cielo oscurecía. Con cada paso que Aidan daba, juraba que si se encontraba con ese conductor una vez más, lo mataría con sus propias manos.

Blanco se quejaba a su lado, y Aidan se acarició la cabeza, el perro siendo casi tan alto como él y pareciendo más una bestia salvaje que perro. Aidan estaba agradecido no sólo por su compañía, sino por el hecho de que le hubiera salvado la vida. Había rescatado a Blanco porque algo dentro de él no le permitió dejarlo; y al mismo tiempo había recibido su vida como recompensa. Lo haría de nuevo incluso si significaba volver a ser abandonado en este lugar en medio de la nada, con el destino de inanición y muerte. Aún valdría la pena.

Blanco se quejó una vez más y Aidan compartió sus dolores de hambre.

“Lo sé, Blanco,” dijo Aidan. “Yo tengo hambre también.”

Aidan miró las heridas de Blanco que aún goteaban sangre y sacudió la cabeza sintiéndose terrible e incapaz de hacer nada.

“Haría cualquier cosa por ayudarte,” dijo Aidan. “Desearía saber cómo.”

Aidan se agachó y lo besó en la cabeza sintiendo su suave pelaje, y Blanco acercó su cabeza hacia la de Aidan. Era el abrazo de dos personas que caminaban hacia la muerte juntos. El sonido de las bestias salvajes se elevaba en una sinfonía en el oscurecido bosque, y Aidan sintió que sus pequeñas piernas le ardían y que no podría caminar mucho más antes de morir en este lugar. Aún faltaban días para llegar a cualquier parte, y con la noche acercándose estaban vulnerables. Blanco, tan poderoso como era, no estaba en condiciones de pelear con nada, y Aidan, sin armas y heridos, no estaba mejor. Hacía horas que no pasaba un carro y nadie sospecharía hasta dentro de días.

Aidan pensó en su padre que estaba allá afuera y sintió que lo había decepcionado. Si iba a morir, Aidan por lo menos deseaba morir al lado de su padre en alguna parte, peleando por una gran causa o en su hogar en la comodidad de Volis; no aquí, en medio de la nada. Cada paso parecía acercarlo más a la muerte.

Aidan reflexionó en su corta vida y recordó a todas las personas que había conocido y amado, en su padre y hermanos y, más que nada, en su hermana Kyra. Se preguntó qué había pasado con ella y en dónde estaba en estos momentos, si había cruzado Escalon y si había sobrevivido el viaje a Ur. Se preguntaba si ella pensaba en él, si estaría orgullosa de él ahora mientras trataba de seguir sus pasos, tratando a su manera de cruzar Escalon y ayudar a su padre y a su causa. Se preguntaba si hubiera llegado a vivir para convertirse en un gran guerrero, y sintió una gran tristeza al saber que no volvería a verla.

Aidan sentía que se hundía con cada paso que daba y ya no quedaba mucho por hacer más que rendirse a sus heridas y cansancio. Yendo cada vez más lento, miró hacia Blanco y vio que arrastraba sus ojos también. Pronto tendrían que recostarse y descansar aquí en el camino sin importar lo que viniera. Era una proposición aterradora.

Aidan pensó escuchar algo, aunque muy débil al principio. Se detuvo y escuchó atentamente mientras Blanco se detenía también y lo miraba confundido. Aidan oraba. ¿Estaba escuchando cosas?

Entonces lo escuchó de nuevo. Esta vez estaba seguro. El rechinar de ruedas; rechinar de madera, de hierro. Un carro.

Aidan se dio la vuelta con el corazón acelerado y trató de ver entre la oscuridad. Al principio no vio nada. Pero lentamente alcanzó a distinguir algo. Un carro. Varios carros.

El corazón de Aidan subió hasta su garganta y apenas fue capaz de contener su emoción al sentir el ajetreo, escuchar los caballos, y ver la caravana que se dirigía hacia él. Pero entonces su excitación se calmó al pensar que podrían ser hostiles. Después de todo, ¿quién estaría pasando por este camino desierto tan alejado de cualquier parte? No podía pelear y Blanco, que gruñía débilmente, no podría dar mucho de sí tampoco. Se encontraban a la merced de cualquiera que se acercara. Era un pensamiento aterrador.

El sonido se volvió ensordecedor mientras los carros se acercaban y Aidan se paró valientemente en medio del camino sabiendo que no podría esconderse. Tenía que tomar sus probabilidades. Aidan pensó escuchar música mientras se acercaban y esto incrementó su curiosidad. Incrementaron la velocidad y por un momento se preguntó si lo arrollarían.

Entonces, de repente, toda la caravana bajó el paso y se detuvo delante de él mientras él bloqueaba el camino. Lo miraron mientras el polvo volvía a bajar. Eran un gran grupo, tal vez unos cincuenta, y Aidan los miró perplejo al ver que no eran soldados. También suspiró aliviado al ver que no parecían hostiles. Notó que los vagones estaban llenos de todas clases de personas, hombres y mujeres de diferentes edades. Uno parecía estar lleno de músicos que sostenían toda clase de instrumentos musicales; otro estaba lleno de hombres que parecían ser malabaristas o comediantes, con sus rostros pintados de brillantes colores y vistiendo túnicas y coloridas mallas; otro carro parecía estar lleno de actores, hombres sosteniendo pergaminos claramente ensayando escritos y vestidos con trajes dramáticos; otro más estaba lleno de mujeres apenas vestidas, con sus rostros pintados con mucho maquillaje.

Aidan se enrojeció y miró hacia otro lado sabiendo que era muy joven para ver este tipo de cosas.

“¡Tú, muchacho!” dijo una voz. Era un hombre con una gran barba roja brillante que bajaba hasta su cintura, un hombre peculiar con sonrisa amigable.

“¿Es esta tu vereda?” le preguntó en broma.

Empezaron a reírse en todos los carros y Aidan enrojeció.

“¿Quiénes son ustedes?” Aidan preguntó confundido.

“Creo que una mejor pregunta,” respondió, “es ¿quién eres tú?” Todos miraron con temor a Blanco mientras gruñía. “¿Y qué diablos haces con un Perro del Bosque? ¿No sabes que puede matarte?” le preguntaron con miedo en sus voces.

“Este no,” respondió Aidan. “¿Son ustedes... cirqueros?” les preguntó con curiosidad pensando qué estarían haciendo aquí.

“¡Si lo quieres decir de forma amable!” dijo uno desde un carro echándose a reír.

“¡Somos actores y jugadores y malabaristas y apostadores y músicos y payasos!” gritó otro hombre.

“¡Y embusteros y sinvergüenzas y rameras!” gritó una mujer mientras todos se reían de nuevo.

Uno de ellos tocó su arpa mientras las risas se incrementaban y Aidan enrojeció. Recordó que en una ocasión había conocido personas como estas, cuando era más joven y viviendo en Andros. Recordó ver a los cirqueros llegar a la capital para entretener al Rey; recordó sus rostros con colores brillantes; sus malabares con cuchillos; un hombre comiendo pieles; una mujer cantando canciones; y un bardo recitando poemas de memoria que pareció durar por horas. Recordó sentirse confundido de por qué alguien elegiría ese tipo de vida en lugar de ser un gran guerrero.

Sus ojos se iluminaron al darse cuenta de repente.

“¡Andros!” Aidan gritó. “¡Ustedes van hacia Andros!”

Un hombre saltó de uno de los carros y se le acercó. Era un hombre alto en sus cuarentas y con una gran barriga, barba café descuidada, cabello rebelde que combinaba, y una sonrisa cálida y amigable. Caminó hacia Aidan y puso un brazo de forma cariñosa en su hombro.

“Eres muy joven para estar aquí afuera,” dijo el hombre. “Diría que estás perdido; pero por las heridas tuyas y de tu perro diría que es algo más. Parece que te metiste en algún tipo de lío del

cual no pudiste salir tan bien. Y supongo,” concluyó examinando a Blanco con cuidado, “que tuvo que ver contigo ayudando a esta bestia.”

Aidan se quedó callado sin saber qué tanto decir mientras Blanco se acercaba y lamía la mano del hombre para sorpresa de Aidan.

“Me hago llamar Motley,” añadió el hombre extendiendo una mano.

Aidan lo miró con cautela, sin tomar su mano pero asintiendo con la cabeza.

“Aidan es mi nombre,” respondió.

“Ustedes dos pueden quedarse aquí y morirse de hambre,” continuó Motley, “pero esa no es una manera muy divertida de morir. Yo personalmente preferiría tener una buena comida antes y entonces morir de alguna otra manera.”

El grupo se echó a reír mientras Motley mantenía su mano extendida y lo miraba con amabilidad y compasión.

“Supongo que ustedes dos, heridos como están, necesitan una mano,” añadió.

Aidan se quedó de pie con orgullo sin querer mostrar debilidad tal y como su padre le había enseñado.

“Estábamos muy bien antes de que llegaran,” dijo Aidan.

Motley guio al grupo en una nueva ronda de risas.

“Por supuesto que lo estaban,” respondió.

Aidan miró con sospecha a la mano del hombre.

“Voy de camino a Andros,” dijo Aidan.

Motley sonrió.

“Igual que nosotros,” respondió. “Y por suerte, la ciudad es suficientemente grande para que llevemos a más personas.”

Aidan dudó.

“Nos estarías haciendo un favor,” añadió Motley. “Podemos usar peso extra.”

“¡Y una boca más que alimentar!” dijo uno de los payasos riéndose.

Aidan lo miró con cautela muy orgulloso para aceptar, salvando apariencias.

“Bueno...” dijo Aidan. “Si se trata de hacerles un favor...”

Aidan tomó la mano de Motley y vio cómo lo subía al carro. Era más fuerte de lo que Aidan esperaba a pesar de que, por la forma en la que vestía, parecía ser un bufón de la corte; su mano gruesa y cálida, era el doble del tamaño que la de Aidan.

Motley entonces se agachó, tomó a Blanco, y lo puso con cuidado en la parte de atrás del carro junto a Aidan. Blanco se acostó con Aidan en el heno poniendo su cabeza en su regazo, con sus ojos medio cerrados por el cansancio y el dolor. Aidan entendía el sentimiento muy bien.

Motley subió también y el conductor hizo sonar su látigo mientras la caravana avanzaba de nuevo, todos ellos vitoreando mientras la música empezaba de nuevo. Era una canción alegre, hombres y mujeres tocaban arpas, flautas y címbalos y, para la sorpresa de Aidan, muchas de las personas bailaban en los carros.

Aidan nunca había visto a un grupo de personas tan feliz en su vida. Había pasado su vida entera en el silencio y penumbra de un fuerte lleno de guerreros, y no estaba seguro de qué pensar de todo esto. ¿Cómo podía alguien ser tan feliz? Su padre siempre le había enseñado que la vida era algo serio. ¿No era todo esto trivial?

Mientras avanzaban por el camino lleno de baches, Blanco se quejaba por el dolor y Aidan acariciaba su cabeza. Motley se acercó y, para la sorpresa de Aidan, se arrodilló junto al perro poniendo una compresa en sus heridas con un ungüento verde. Blanco se calmó lentamente y Aidan se sintió agradecido por su ayuda.

“¿Quién eres?” preguntó Aidan.

“Pues he tenido muchos nombres,” respondió Motley. “El mejor fue ‘actor.’ Después fue ‘pícaro’, ‘bobo’, ‘bufón’...la lista sigue. Llámame como quieras.”

“Entonces no eres un guerrero,” descubrió Aidan decepcionado.

Motley se echó hacia atrás en carcajadas con lágrimas cayendo por sus mejillas; Aidan no podía entender qué era tan gracioso.

“Guerrero,” repitió Motley sacudiendo su cabeza en asombro. “Ahí tienes algo que nunca he sido llamado. Y es algo que nunca he deseado ser llamado.”

Aidan frunció el ceño sin comprender.

“Yo vengo de un linaje de guerreros,” dijo Aidan con orgullo, sacando el pecho al sentarse a pesar del dolor. “Mi padre es un gran guerrero.”

“Entonces siento pena por ti,” dijo Motley todavía riéndose.

Aidan estaba confundido.

“¿Pena? ¿Por qué?”

“Esa es una sentencia,” Motley respondió.

“¿Una sentencia?” Aidan repitió. “No hay nada más prestigioso en la vida que ser un guerrero. Es todo lo que siempre he soñado.”

“¿Lo es?” preguntó Motley entretenido. “Entonces siento el doble de pena por ti. Yo creo que el tener banquetes y reír y dormir con hermosas mujeres es lo mejor que puede haber; mucho mejor que marchar por el campo deseando poder encajar una espada en el estómago de otro hombre.”

Aidan enrojeció frustrado; nunca había escuchado a un hombre referirse a la batalla de tal manera, y esto lo ofendió. Nunca había conocido a alguien parecido a este hombre.

“¿Dónde está el honor en tu vida?” preguntó Aidan confundido.

“¿Honor?” Motley preguntó pareciendo genuinamente sorprendido. “Esa es una palabra que no había escuchado en años; y es una palabra muy grande para alguien tan joven.” Motley suspiró. “Yo no creo que el honor exista; o al menos nunca lo he visto. Una vez pensé en ser honorable; pero no me llevó a ningún lado. Además, he visto a muchos hombres honorables caer presa de mujeres astutas,” concluyó mientras otros en el carro se rieron.

Aidan miró a su alrededor y miró a las personas bailando y cantando y tomando sin ningún interés, y tuvo sentimientos encontrados sobre continuar con esta gente. Eran hombres amables pero a los que no les interesaba llevar una vida de guerrero, que no eran devotos del valor. Sabía que tenía que mostrarse agradecido, y lo estaba, pero no sabía cómo sentirse sobre el viajar junto con ellos. Ciertamente no eran la clase de hombres con los que su padre se asociaría.

“Viajaré con ustedes,” Aidan dijo finalmente. “Seremos compañeros de viaje. Pero no puedo considerarme a mí mismo tu hermano en armas.”

Los ojos de Motley se abrieron completamente y guardó silencio por unos diez segundos, como si no supiera cómo responder.

Finalmente se echó a reír por un largo rato junto con todos los que estaban a su alrededor. Aidan no entendía a este hombre y no creía que pudiera llegar a hacerlo.

“Creo que voy a disfrutar de tu compañía, muchacho,” dijo Motley finalmente limpiándose las lágrimas. “Sí, creo que la voy a disfrutar bastante.”

CAPÍTULO NUEVE

Duncan, con sus hombres a los lados, marchó por la capital de Andros seguido por los pasos de miles de sus soldados victoriosos, triunfantes, con sus armaduras retumbando mientras pasaban por la ciudad liberada. A cualquier parte a donde iban, se encontraban con los gritos de júbilo de los ciudadanos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, todos vestidos con los elegantes ropajes de la capital y apresurándose hacia las calles de piedra para arrojarles flores y regalos. Todos sostenían con orgullos las banderas de Escalon. Duncan se sintió victorioso al ver las banderas de su tierra ondeando una vez más, al ver a estas personas que pasaron de la opresión a un júbilo de libertad. Era una imagen que nunca olvidaría, una imagen que hacía que todo valiera la pena.

Mientras el sol matutino se posaba sobre la capital, Duncan sintió como si estuviera marchando hacia un sueño. Este era un lugar en el que pensaba nunca volvería a pararse, al menos no en esta vida, y ciertamente no en estas condiciones. Andros, la capital. La gema de la corona de Escalon, lugar de reyes por miles de años, ahora bajo su control. Las guarniciones Pandesianas habían caído. Sus hombres controlaban las puertas; controlaban los caminos; controlaban las calles. Era más de lo que había esperado lograr.

Pero se maravilló al pensar que sólo hace unos días estaba en Volis, con todo Escalon bajo el puño de hierro de Pandesia. Ahora, todo el noroeste de Escalon estaba libre y su mismísima capital, su corazón y alma, estaba libre de la dominación Pandesiana. Por supuesto, Duncan se dio cuenta de que habían conseguido esta victoria gracias a la velocidad y la sorpresa. Fue una victoria brillante, pero también una potencialmente transitoria. Una vez que la noticia llegara al Imperio Pandesiano, vendrían por él; y no sólo con unas cuantas guarniciones, sino con toda la fuerza del mundo. El mundo se llenaría con estampidas de elefantes, el cielo se oscurecería con flechas, el mar se cubriría de naves. Pero esta no era razón para continuar haciendo lo que era justo, para continuar con el deber de un guerrero. Al menos por ahora se estaban defendiendo; al menos por ahora eran libres.

Duncan escuchó un derrumbe y se volteó para ver una inmensa estatua de mármol de El Glorioso Ra, supremo líder de Pandesia, echada abajo con cuerdas por un grupo de ciudadanos. Se hizo pedazos al impactar con el suelo y los hombres vitorearon mientras pisaban los escombros. Más ciudadanos se apresuraron y bajaron las inmensas banderas azul y amarillo de Pandesia, arrancándolas de edificios, paredes y torres.

Duncan no pudo evitar sonreír al recibir la adulación y el sentido de orgullo de estas personas al recuperar su libertad, un sentimiento que entendía muy bien. Miró hacia Kavos y Bramthos, Anvin y Arthfael y Seavig y todos sus hombres, y vio que también estaban radiantes, deleitándose en este día que llegaría a estar escrito en los libros de historia. Era una memoria que llevarían con ellos por el resto de sus vidas.

Todos marcharon por la capital pasando plazas y patios, pasando por calles que Duncan conocía muy bien por todos los años que había pasado aquí. Pasaron por una esquina y el corazón de Duncan se aceleró al voltear hacia arriba y ver el edificio del capitolio de Andros, con su cúpula dorada brillando en el sol, sus inmensas puertas arqueadas doradas tan imponentes como siempre, su fachada de mármol blanco brillante tallada, tal y como lo recordaba, con los escritos antiguos de los filósofos de Escalon. Era uno de los pocos edificios que Pandesia no había tocado, y Duncan sintió orgullo al verlo.

Pero al mismo tiempo sintió un vacío en el estómago; sabía que dentro estarían esperándolo los nobles, los políticos, el consejo de Escalon, los hombres de política, de intrigas, hombres que él no entendía. No eran soldados ni jefes militares, sino hombres con riquezas y poder e influencias que habían heredado de sus antepasados. Eran hombres que no merecían tener poder, pero hombres que, de alguna manera, aún tenían a Escalon en sus manos.

Y lo peor de todo, Tarnis mismo estaría seguramente con ellos.

Duncan se preparó y respiró profundo antes de subir los cien escalones de mármol, con sus hombres a su lado y mientras las puertas eran abiertas por la Guardia del Rey. Respiró hondo sabiendo que debía sentirse exultante, pero también sabiendo que estaba entrando en un pozo de víboras, un lugar en el que el honor le cedía lugar al compromiso y la traición. Preferiría una batalla contra toda Pandesia en vez de una hora en reunión con estos hombres, hombres que cambiaban sus compromisos, hombres que no tenían convicciones, que estaban tan perdidos en mentiras que no podían entenderse ni entre ellos mismos.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.